

punto
de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

Kikyz1313 (Querétaro, 1988). Estudió en la Universidad Autónoma de Querétaro. Su primera exposición individual es *Cadáveres esquicio* (2010). Sus composiciones en grafito y acuarelas se han exhibido en ferias de arte en Nueva York, Miami y Los Ángeles, así como en muestras grupales en galerías de México, Estados Unidos y Europa. Ha aparecido también en publicaciones internacionales de arte. Sus últimas muestras son *Progeny of Chaos* (Los Ángeles, 2016) y *Body Puzzles* (Boston, 2017).

Román Miranda (Ciudad de México, 1973). Licenciado en Diseño Gráfico por la Universidad Iberoamericana. Dedicado a las artes visuales desde el año 2000. Ha sido merecedor de la beca que otorga la Pollock-Krasner Foundation, Nueva York. Entre otras distinciones, su obra obtuvo el primer lugar en la Tercera Bienal Internacional de Dibujo “Silvya Pawa” (Instituto de Cultura México/Israel, 2006), así como el primer lugar en la categoría de grabado de la Primera Bienal Nacional de Pintura y Grabado “Nómada” (Cosoleacaque, Veracruz, 2013) y más recientemente la Mención Honorífica en la Primera Bienal de Autorretrato “Rubén Herrera” (San Luis Potosí, 2017). Ha expuesto de manera individual y colectiva en México, Estados Unidos e Irlanda.

Las obras publicadas en este número están reproducidas en escala de grises a partir de originales en color, excepto las de las páginas 14-15, 77 y portada.



PORTADA: Román Miranda, *Tierrita poca*, grafito/papel, 100 × 150 cm, 2011



CONTRAPORTADA: Kikyz1313, *True love shredded by conflict*, grafito acuarela y pastel/papel/tabla, 33 × 26 cm, 2016

| | |
|---|----|
| EDITORIAL | 7 |
| DEL ÁRBOL GENEALÓGICO | |
| Dos poemas / Luis Alberto Arellano | 8 |
| LITERATURA EMERGENTE DE QUERÉTARO | |
| Nota introductoria / Alejandro del Castillo | 14 |
| Nadia Bernal | 16 |
| Juan Carlos Franco | 19 |
| Gloria Soto | 23 |
| Mauricio Caudillo | 29 |
| Janis Jacobo | 33 |
| Montserrat Acuña | 39 |
| Tadeus Argüello | 43 |
| Jaime He | 49 |
| Juan Ramón Ríos | 54 |
| Fernando Jiménez | 57 |
| Paulina del Collado | 66 |
| David Álvarez | 68 |
| Antonio Tamez | 73 |

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 208, marzo-abril 2018
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Eduardo Cerdán
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: Marfa Luisa Passarge
Ilustración de este número: Kikyz1313 y Román Miranda
Impresión en offset: Offset Rebosán S.A. de C.V.
Av. Acueducto 115, Col. Huipulco Tlalpan
Ciudad de México, 14370

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

El escritor y editor Alejandro del Castillo, antólogo de esta muestra de autores dedicada a la literatura emergente de Querétaro, habla en su introducción del riesgo que implica para ciertas literaturas la invisibilidad a la que las condena, por un lado, el centralismo, y por el otro la comodidad de exponer la obra propia en un ámbito reducido a las fronteras de un estado o una región. *Punto de partida* hace eco de esta preocupación y presenta un número monográfico con la intención de compartir a nuestros lectores, jóvenes universitarios, una reunión de poetas y narradores nacidos, criados o a vecindados en este estado del centro de México. El *dossier* está precedido, en el Árbol Genealógico, por dos poemas del queretetano Luis Alberto Arellano, referente de la poesía contemporánea en México, que en vida fue maestro de algunos de los autores reunidos en esta edición.

El compilador presenta a sus autores en una secuencia que obedece, según sus propias palabras, a un “recorrido atractivo, cuidadoso, sin curvas innecesarias”. Así, divide el *dossier* en dos bloques: Poesía y Narrativa. El primero abre con la mirada autoanalítica de la más joven autora de la muestra, Nadia Bernal, y cierra con la clara intención narrativa de Tadeus Argüello. Entre una y otro encontramos la particular reinterpretación mística de Juan Carlos Franco o los poemas de Mauricio Caudillo, que dan fe de un amplio registro de estilo; el diálogo con la tradición en Gloria Soto, el abordaje de Monserrat Acuña a la realidad femenina en un sistema patriarcal, o el dominio del ritmo de Janis Jacobo, cuya voz poética se mueve con soltura entre los géneros.

El segundo bloque incluye dos piezas hermanadas en el humor y la originalidad de la historia: “El lado romo”, de Jaime He, que da cuenta de la impotencia del esposo muerto, testigo mudo de la desdicha de la esposa viva, y “#SanMiguelCarrillo”, una farsa delirante de Fernando Jiménez que conjunta filias animalistas y fervores religiosos. Completan la sección David Álvarez, con “Apología del polvo”, un relato sobre la empatía y la muerte; Antonio Tamez con “El espejo de obsidiana”, retrato del mal ubicado en un espacio y tiempo míticos que remiten al siglo XIX mexicano; la concreción de “Mariposa de acero”, de Juan Ramón Ríos, cuya estructura y lenguaje cercano al cinematográfico nos muestran el recorrido de sus personajes en un escenario postapocalíptico, y la notable imbricación de planos temporales y narradores que logra Paulina del Collado en su minificción “La reina del Vogue”.

Mención destacada merece el trabajo de los artistas visuales cuya obra discurre por las páginas de esta edición. Se trata de Román Miranda y Kikyz1313, quienes comparten con nuestros lectores varias piezas de dibujo y pintura realizadas originalmente en color y transferidas a escala de grises para esta revista. Ambos artistas trabajan a partir de la introspección y la memoria, y el resultado es un conjunto de obras que dialogan entre sí y con los textos reunidos en este *dossier* de *Punto de partida*. 📍

Carmina Estrada

Poemas

Luis Alberto Arellano

Enuma Elish

Amanecemos tan pronto
en un delicado vergel de amatistas
en la égida insolemne de la tromba
Amanecemos tan de prisa
así de frágiles, marchitos
redondos en la mácula sombra de la investidura
desierta en el costado que nos profundamente nombra
Y nos desnudando vamos
silentes y ajados como la sordera que les precipita
a tramos recorreremos de los días
el pesado fardo, la incompleta calma de la lluvia
De un pasado que nos inventa es que huimos
de la ceguera que nos antecede, de la caricia que se nos pierde:
todo lo que nunca hemos sido
En la cuenta de las fracciones
de este cuerpo creador de sangre
que crea cuerpo que crea sangre que crea cuerpo
nos miramos, gota a gota, en las solvencias de la carne
en la disminuida llama que lentamente se apaga
en el pesado humo de cada miembro en su caída
Y corremos fragmentados al coro de voces
que nos solitariamente llama
al sonido de ropajes que sigue presuroso
Evitamos de tarde en tarde responder

al silente canto de las aves
Quién grita mi nombre
Quién señala el verde prado, la limpia cizaña
Quién reclama de su dueño, su amo
una tunda, un azote por mediodía
Es la suerte que está echada
 Es la mano feroz que nos encierra y nos arroja sin daño
 Es el rebote de dados que nos bendice
Despacio caímos al pecado
silentes somos ante el azar incontenible
de ser hombre, ser mujer, ser gato
Tiramos con ambas manos de este cordel
desvencijado, amuleto indescifrable que nos une
tiernamente a nuestros padres
Los hábitos de la ceniza
el sílice crucifijo que cabalga porcelana
las habitaciones donde hemos amado
Un hombre es tierra y agua
sólo arena que se funde al contacto
cristal y cicatrices, augurios en la piel
por cada año en silencio que admiramos los prodigios
Era todo *mirabiliis factum*:
el luminoso eco de un andar por otra avenida
la torrente lumbre que despedía el polvo sobre los objetos
El milagro, la piel airosa, ventolera en su cima
de águila enardecida
La corriente móvil, el río —el mismo—
sus pausas que no terminan de suceder
éramos torrente de cinco mil años
una suma de talentos, un salobre vestigio de esmeraldas
refulgentes en la palma de la tromba
(En el cristal de tu divina mano
de un punto a otro de mi destierro
más osado, pero más perdido

En la crujiente calma de tu mirada
de un todo fulgurante a uno oscurecido
me solitariamente lleva el arcano
En el inminente recorrido de mi yerro
del desierto a la lluvia anegada
por la mirada contenida de la sombra)
Y ha pasado nada, el polvo —el mismo, las aves
el viento y sus pétreos aromas, todo lo mismo
una epidermis de cansancio nos cubre pacientemente
para evitar la ruina, la desgracia de ser inmóviles
en los líquidos restos del día

Cuando en lo alto solitario sol
se pierde, es que el lento animal
que somos se inclina recóndito
y termina de nombrar
aquello que juiciosamente no alcanza:
una tortuga que entre risas corre
a la destemplada orilla de la ola

De Erradumbre, Mantis, 2003

Escrito con ceniza

Lo feliz me viene del lado materno:
Todas esas charlas al filo de la mesa
dieron para un hijo y ciertas noches,
en que, por temor a la oscuridad,
escondía mi cuerpo desnudo en los límites
de una mujer desnuda (creía que la luz llama
a la luz, por tanto frotaba hasta encenderla).
Con el resto de las cosas tengo problemas:

Mi memoria no sirve, recuerdo todo una sola vez
y luego olvido hasta las letras del alfabeto.
¿De qué color es la moneda que sostengo en mi
mano izquierda?
¿Qué es color, qué es izquierda? corro a
preguntarme en voz alta.
Tampoco sé volar.
A veces bebo y bebo,
hasta que el orden vertical del mundo
se altera: lo bajo por lo alto, o los costados en el
cielo.
Entonces el mundo es de agua y corre vertiginoso
en espirales que se hacen más grandes.
No controlo mi risa en lugares públicos
y mis palabras ofenden a las colegialas.
También desconozco mi nombre o el significado
de estos papeles.
Olvidaba, es cierto, ya lo dije, que estoy loco
y tengo un miedo personal a los aviones.

De *Plexo*, Fondo Editorial Tierra Adentro, 2011

Luis Alberto Arellano (Querétaro, 1976-2016). Poeta, ensayista y editor. Fue miembro fundador de *Crótalo Revista Literaria*, coeditor de la editorial Sangremal y miembro del consejo editorial de Mantis Editores. Sus textos aparecen en una veintena de publicaciones periódicas nacionales y del extranjero, así como en antologías de poesía y de ensayo. Publicó los poemarios *Erradumbre* (Mantis, 2003), *De pájaros raíces el deseo* (Écrits des Forges/Mantis, 2006), *Plexo* (FETA, 2011), *Bonzo* (Ediciones El Quirófano, 2012), *Grandes atletas negros* (Luzzeta, 2014), *Contranatura* (Editorial Ponciano Arriaga/Editorial Torbellino, 2015) y el libro de ensayos *Fotogramas del ocio clase B* (Gobierno del Estado de Querétaro/Calygramma, 2013). Tradujo *Todo alrededor de lo que se vacía*, de Linh Dinh, y *Una probada de miel*, de Bob Flanagan y David Trinidad. Textos suyos se han traducido al catalán, árabe, inglés, alemán, portugués y francés. Fue becario del FOECA-Querétaro y del FONCA.



A black and white photograph showing a close-up of a person's face. The person's eyes are closed, and their hands are positioned over their mouth and nose, as if covering them. The background is filled with crumpled paper and other indistinct objects, creating a textured and somewhat chaotic environment. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows.

Literatura emergente de Querétaro

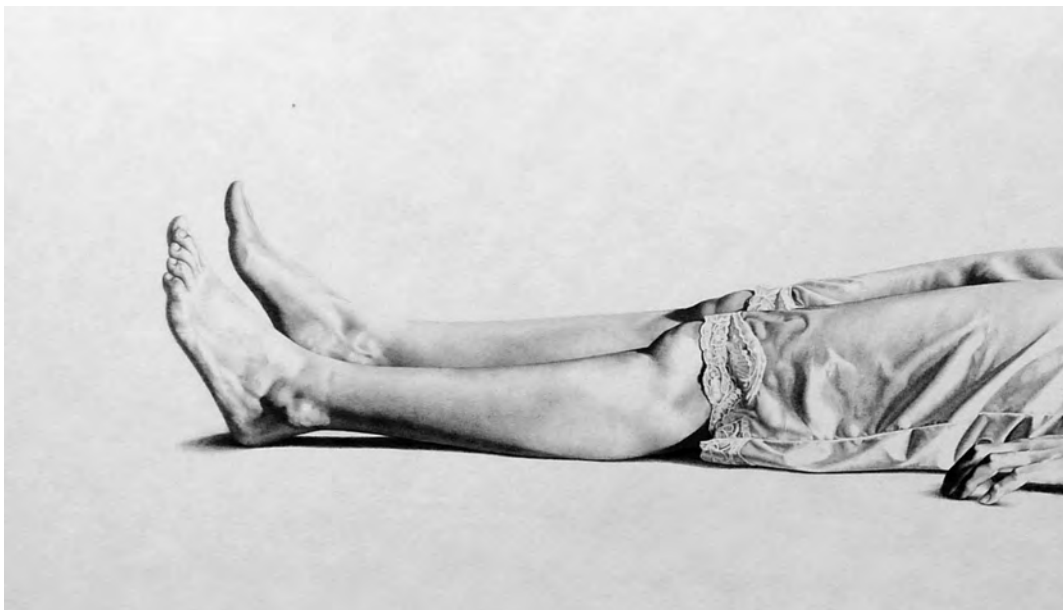
Nota introductoria

Alejandro del Castillo

CIUDAD DE MÉXICO, 1988

La literatura es una palpitación humana que no reconoce nombres, que trasciende divisiones geográficas. Sin embargo, es común en el gremio literario que los reflectores se dirijan hacia lo que sucede en las capitales. La consecuencia para los escritores es perjudicial, por lo menos en dos sentidos: por un lado, el trabajo de los que se encuentran afuera queda limitado a la apreciación local (en el mejor de los casos), hecho que, en ocasiones, orilla a que la voz tropiece con la adulación de un reducido público, a que el esfuerzo se convierta paulatinamente en comodidad, a que el joven escritor deje de tomar los riesgos del escritor universal —aquellos que solidifican la pluma, reflejo de su espíritu—. Desde el otro sentido, aquellos autores acomodados al centro del tablero, encandilados por dicha luminosidad, se tornan incapaces de percibir y apreciar (menos aún de dialogar con) el trabajo escritural externo. El resultado: queda amputado el potencial de plumas que inicialmente se proyectaban prometedoras, alguna vez poseedoras de la inteligencia y la humildad que todo texto literario bien logrado exige. La verdadera tragedia es para el lector (de cualquier sitio), quien percibirá, en algún momento del sendero, el estancamiento y la mediocridad del que escribe. Es aquí donde cobra gran valor el presente número.

La iniciativa de publicar una edición dedicada a los escritores emergentes en Querétaro, por parte de la bien conocida plataforma que desde décadas atrás ha difundido



Alejandro del Castillo. Fundador y director del sello Revarena Ediciones. Actualmente cursa la maestría ejecutiva en Artes en la Universidad de Melbourne a través del FONCA, el CONACYT y el programa Endeavour del Gobierno de Australia. Su trabajo de poesía y narrativa ha sido publicado en revistas de literatura nacionales e internacionales. Obtuvo el segundo lugar en la categoría de cuento del Concurso 43 de *Punto de Partida* (UNAM) y el primer lugar en el Concurso Internacional de Ensayo José Saramago para Estudiantes (UNAM).



el trabajo de jóvenes autores mexicanos, es un virtuoso acierto. Los escritores en cuestión hallarán un espacio de diálogo con un público que se asomará sin recato ni expectativa al trabajo antologado. La compenetración (o el conflicto) será natural, crítico y nutritivo.

Al margen de los gustos particulares, el encuentro garantiza una discusión sustancial. Cada línea aquí reunida es reflejo de escritura nítida, propuestas que alcanzan correspondencia y precisión: no hay palabras de más; versatilidad y agudeza: el recorrido trazado al lector es atractivo, cuidadoso, sin curvas innecesarias; sinceridad y contundencia: se escribe desde donde se mira, sin temor de quien se es. Los autores aquí presentes han encontrado —para seguir buscando— autenticidad y solidez en su voz. Este número, por lo tanto y desde cualquier lado, significa un punto a favor de la literatura mexicana emergente.

Cabe hacer un adelanto sobre el gozo que se experimenta ante el arte visual que acompaña los textos: un violento asombro. Por último, defino que la compilación ha seguido la dirección natural del brillo: sin descontar deliberadamente el colorido abanico que compone la escena literaria en Querétaro, los reflectores han sido apagados para seleccionar aquellos trabajos que poseen luz propia, cuyos autores hoy se encuentran en su propio punto de partida. ●



Román Miranda,
Fragmentando a Sabines
(detalle), grafito/papel,
107 × 200 cm, 2009

Nadia Bernal

Estado de México, 1996

Resistencia soy

Mi forma de resistir es guardar todas mis lágrimas en un vaso de cristal y beberlas al día siguiente

Acerbas:

las glándulas despiadadas e inacabables.

Me sublevo a vivir asíntota de flores y cometas,

de la incoherencia entre mi lengua y la pasión laxa, porque no despierto, no juego.

Follo antes del suicido, sin diversión; muerte prolongada desde el insomnio hasta los días en que ya no miro ni pienso en este cuerpo,

Mi forma de resistir a esta agonía es romper a media voz esta tentación fúnebre de dejar caer mi alma y no cuestionar la dirección que lleva,

porque antes del amanecer ya soy náusea del romanticismo digital
y resaca del hastío por los hombres que pusieron sus palmas en mi ropa,

y me dejaron desnuda, entre tabaco y soledad.

Me resisto a que la vida me siga cuestionando por qué soy extraña ante ella, y por qué mi empatía con la muerte es proporcional a escuchar a los herederos londinenses a muy altos decibeles.

Es partir instantáneamente de mi corazón, de mis pulmones, del cerebro gañán. Y ver el limbo sin filtros ni píxeles.

Morir es resistir. Ah, y yo muero.

Nadia Bernal. Estudia la carrera de Comunicación y Periodismo en la Universidad Autónoma de Querétaro. Ha publicado en la plataforma digital *microcuentos.es* y en la *Revista Enchiridión*, ha participado en lecturas con el colectivo “Poesía Precoz” en la ciudad de Querétaro y actualmente colabora para el semanario *Tribuna de Querétaro*.



Foto: Blanca E. García

ÉSTE NO ES UN POEMA
sobre cuán hermosos son tus labios,
ni tus ojos,
ni pestañas,
ésta no es una declaración de amor,
ni tampoco un chantaje romántico,
este poema no tiene ritmo,
ni elogio,
ni adornos textuales,
ni figuras retóricas
—porque las he olvidado—
y tampoco hablo de sexo,
Ni de las chicas con las que duermes,
Ni las musas con las que sueño
—Joplin—
—Nina—
—Pizarnik—
ni de mis silencios que te insinúan
ni de las crisis por no saber de qué va todo esto,
—tú a tus treintas—
—yo en mis veintes—
ni de tu doctrina política
o mis lecturas feministas,
tampoco de mis enfermedades mentales
—depresión—
—ansiedad—
mucho menos de tus manías

Ésta no es una prosa
sobre mis lonjas
—grasa abdominal—
Ni mis estrías
ni tu baja estatura,
ni de los poetas a los que editas,
o a los que adulas
—Blake—
—Borges—
Ni del rock británico
que galardona mi insomnio,
o los astros que nos conmueven;

esto va sólo sobre la distancia
en que dos cuerpos
—cuando se quedan despiertos—
tocan el tiempo
—y el espacio—
y lo desmoronan,
y lo abrazan
y dejan de existir
al unísono:
en el infinito.
Esto no va sobre escribir,
esto va sobre sentir la muerte
y sostenerla con una mano
y con la otra
acariciar La Vida.

Juan Carlos Franco

Ciudad de México, 1989

Misterio número uno: suelo

*if you face death, for that time, for the period of
direct confrontation, you are immortal.*

William S. Burroughs

*Noli foras ire, in te ipsum redi.
In interiore homine habitat ueritas*

Agustín de Hipona

Ayer frente a mí se apareció el santo Agustín.

Sus túnicas eran blancas, brillantes. Pero no las tuvo puestas mucho tiempo.

Unos días antes había sido el funeral de mi padre.

Su cuerpo había muerto por la corrupción de un cáncer tortuoso.

Mi cuerpo descansaba entumido en el suelo de la sala. Era ése el lugar donde mejor había reposado, donde el tiempo pasaba sin reparos.

El suelo.

Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada excepto el polvo.

Las motas de polvo invadiéndolo todo, del piso al techo, de dentro hacia fuera, de todo eso que miramos y sabemos que está ahí a todo eso que no nos atrevemos a mencionar por miedo a que cobre sentido.

Cerré entonces los ojos.

Y él ahí.

No había mirado aún y ya sabía que estaba frente a la noche de una ciudad comiéndose a sí misma, con su piel morena dorada por la luz eterna, sus ojos color centeno apenado,



Foto: Leticia Sánchez

Juan Carlos Franco. Escritor, director de escena, periodista y guionista. Licenciado en Filosofía por la UNAM. Sus obras se han producido en varias ciudades del país. Ha publicado *Cómo no estar solo* (Mamá Dolores, 2015), *Country* (Montea, 2016) y *Laberinto deseo naufragio* (Fondo Editorial de Querétaro, en prensa). Textos de su autoría han aparecido en numerosas revistas, periódicos y antologías. Sus proyectos teatrales más recientes son *Trilogía del reino*, *Soñé una ciudad amurallada* y *Ella miró un pájaro blanco cruzar el cielo y pensó que podía ser una gaviota*. Actualmente es becario de la Fundación para las Letras Mexicanas (2017-2018) y director artístico de Catamita.

sus pies descalzos, sucios,

y su voz.

Él llegó a mí en la forma de un *junkie* tratando de rehabilitarse, con la mirada perdida y un aura cegadora, parecida a un viento frío. Tocó a mi puerta.

Su voz sonó profunda como la voz de Dios mismo. Lo supe.

Sus túnicas eran blancas.

Pero no las tuvo puestas
por mucho tiempo.

Yo nunca había amado y estaba ansioso por amar.

Y de pronto lo supe.

Me tomó de la mano. En su roce, en ese contacto denso pero lleno de nubes cabían todos los roces del mundo:

en ese roce gritaban todos los amantes,
gemían, ladraban, sudaban sus miradas:

en esa falta de aire sollozaban todos los pájaros, oraban todas las cuevas, se daban golpes de pecho todos los deseos:

en ese solo instante, un segundo en que la mano me conducía a un lugar lejano de las cosas del mundo, tuve que dar un salto antes de sentir todas las sensaciones, antes de que mi alma fuera toda cuerpo y no hubiera nada porque había todo, porque el mundo había quedado atrás, al fin, y no éramos más él y yo sino

SILENCIO

Su cuerpo desnudo.

Su santidad así expuesta.

Su terrible piel quemada ahumándome los ojos.

Su virtud erigida como una fortaleza sobre mí, sobre mi cuerpo.

Su sabiduría inclinada frente a mí, acariciándome, ofreciéndose a mí con una mirada.

A mí, a quién más que a mí.

Su santa voluntad humedeciendo los rincones de mi resistencia hecha de pronto carne, hecha Hijo, hecha Verbo.

Dos ojos que no ven, dos oídos que no oyen, piel que no se estremece. Pero ese salto, ese abandono, ese repentino suicidio consagrado me hizo volar.

“Mi amor es mi peso; allí soy llevado adonde este amor me inclina”,

y al oír esto dejé la tierra y alcé el vuelo sin alas y tuve al santo frente a mí y aunque no veía ni oía ni sentía todo era y Agustín el santo era ese hombre, ese cuerpo como el mío pero tan diferente, y nuestros cuerpos fueron uno cuando la fuerza del santo me partía en dos y, de pronto, su voz imperiosa pedía

¿Quién soy?

que lo partiera en dos a él.

Soy la suciedad de la concupiscencia,
dijo.

Las voces se confundían y los ángeles cantaban gloria a dios en las alturas y el santo aspiraba farlopa y yo trataba de detenerlo.

Y tú eres el miedo.

Soy polvo, dije.

Eres el insomnio, dijo. Eres la ansiedad, dijo. Eres los bosques. Eres la herida que divide la ciudad de sus depredadores. Eres el polvo blanco, dijo. Eres el miedo.

Estoy soñando, pensé, y me vi en el piso con los ojos cerrados levantándome de pronto a abrirle la puerta a ese hombre de mirada perdida y aura cegadora, el *junkie* Agustín, por qué tocas en mi casa vete, y vi al mismo tiempo sus ojos cafés mirándome suplicantes y lo dejé pasar, gracias dios te bendiga, aunque traía en las manos un volumen enorme de la *Fenomenología del Espíritu* y una botella de agua nunca abrió el libro y nunca bebió de la botella, comenzó a cantar una canción que nunca había oído y que sonaba como un coro de grillos ralentizados miles de veces, una melodía de paz ardiendo en el centro de la sala, cuando no cantaba él sólo me veía ahí, del otro lado, aterrado por su presencia, fascinado por la quietud de sus manos

rozando el piso.

Y él también, el *junkie* Agustín, en algún momento, como mi padre, se colgó del techo de mi cuarto y yo sólo regresé al mismo lugar a mirar el polvo.

(muestra para con él tu misericordia

gritaban los ángeles

y acógelo entre tus santos

graznaban los ángeles
 en el canto eterno de tu alabanza

cantaban los ángeles)

Es sabido que los santos tocan a los desesperados, a los infieles, a los desahuciados. Pero el santo me tocó a mí, que sólo veía el tiempo pasar a ras de suelo. Vivió junto a mí, fumó junto a mí, durmió en mi cama, despertó junto a mí, miró la trayectoria de una polilla mientras yo leía (su rostro) (sus muslos) (la trayectoria que trazaba su cuerpo por el pasillo), me miró a mí mirándolo a él mirando mi cuerpo, todo el tiempo mi cuerpo, en un frenesí inextinguible, en un grito de afasia, en una noche donde no había palabra. Como hoy.

Así vino a mí el santo Agustín: en forma del *junkie* Agustín. “Yo nunca había amado y estaba ansioso por amar”, me susurró.

LOS ÁNGELES: concede a tu siervo

El santo Agustín temió dejar de tocarme porque podía caer.

LOS ÁNGELES: participar con tus santos

El *junkie* sabía mirarme mientras esnifaba. Sus miradas me daban escalofríos.

LOS ÁNGELES: y elegidos de la recompensa

día y noche me estás acabando/ sollozo hasta el amanecer/ me quiebras los huesos como un león/ día y noche me estás acabando

LOS ÁNGELES: de la gloria amén

Su roce cesó: un vuelco: mi cuerpo en el piso otra vez quieto mirando el polvo: el tiempo.

El santo Agustín dejó el vuelo sin alas, tomó sus diez gramos y salió por la puerta. Como una aparición que espera en la calle un taxi en medio de la noche. Como un fantasma que sonríe antes de cruzar el camellón.

Ahí estaba yo.

La casa vacía.

La ciudad comiéndose a sí misma.

La imagen de un cuerpo frío balanceándose de un lado a otro.

Mi amor es mi peso; allí soy llevado adonde este amor me inclina, pensó mi padre.

El amor sólo puede llevarnos hacia el suelo.

Hacia las motas del polvo que caen

al suelo.

De *Todo pende de una transparencia. Muestra de poesía mexicana reciente* (libro digital, Vallejo & Co., selección y notas de Iván Méndez González, 2016)
https://issuu.com/vallejoandcompany/docs/todo_pende_de_una_transparencia

Gloria Soto

Guanajuato, 1986

Memorias de un ángel caído

Deberíamos quedarnos sin palabras,
hasta ir al origen
del misterio que guardan,
más allá de lo que su muro custodia.

He vuelto a olvidar los signos de mi nombre.
He roto los hábitos de la noche
y me he entregado al sueño del día
porque los fantasmas de la mente
nublan los atisbos de la luz.

Me olvidé de que esta realidad también es espíritu
que el teatro en llamas es espíritu
que la materia es espíritu,
soplo de vida,
me olvido
y el tiempo se cristaliza
en los espejos de la ilusión.

Dentro de mí vive un fantasma
aturdido por la historia
del mito, del sueño, del hombre,
más allá del griego que cantó la caída de Troya
o el romano que contó el incendio de la reina Dido.

Digo, no vale la pena revivir
lo que la memoria ha inventado,
pero qué será de Scherezada
sin el verbo mágico
o de Penélope sin las historias
que pronunció para arrullar al mar,
por el que navegaba el marino.

Qué será de los poemas al aire,
estrellas fugaces de esta noche,
cuando Babel haya caído.

Ausencia de ausencia

Y al final todo resulta ser un giro ambulante
de desechos diarios,
cada vez más grandes,
porque mucha es la música y las maravillas,
los desastres,
las palabras que embrujan
dada la realidad siempre cambiante,
subiendo y bajando,
del lado izquierdo o derecho.

Gloria Soto. Poeta. Graduada en Estudios Literarios por la Universidad Autónoma de Querétaro y con una carrera técnica en fotografía. Ha publicado en las antologías *La mujer rota* (textos sobre Simone de Beauvoir), *Nueva poesía y narrativa americana*, *Antología poética femenina contemporánea* (dirigidas por León Zelada), así como en *Página 1* (Revarena Ediciones, 2016, que reúne poetas de Querétaro). También ha publicado en revistas como *Sapere Aude*, *Onomatopeya* y *Babel*, entre otras. En la actualidad escribe en el blog <anasthasiapernath.blogspot.com>, activo desde 2007.



No somos el objeto del espionaje,
 no hay una autoridad divina ni terrenal
 que nos persiga,
 ni tampoco somos víctimas
 de los que juegan a ser los amos del mundo,
 pase lo que pase,
 no importará nada de esto,
 al final
 lo que importa hoy es este sueño aferrado
 a la identificación y a lo cuantificable,
 a lo externo,
 nuestra tendencia a pensar y pensar todo el tiempo,
 a pesar de la vista cansada y las ideas cercenadas.

Pero detrás de esto hay un silencio profundo,
 eso sí,
 una ausencia de ausencia
 que no se puede nombrar.

Y tanto

Demasiado el olor de la lavanda,
la semilla con su florecer como promesa,
las sombras en el asfalto con historia,
la luz que entra por los resquicios de las ramas.

La ausencia, la carencia, el deseo, es demasiado.
La densidad del metal,
de las piedras,
el muro colosal entre nosotros, demasiado.

Esta soledad que a veces pareciera cierta
porque uno y nadie más en la llovizna,
porque palabras y caricias que hacen crecer árboles,
el miedo las consume.

Los rostros por las calles, los ojos,
el sufrimiento deja su marca en cada ocaso.
El infierno que calla el más dichoso
nunca será pronunciado
porque lo natural es vergonzoso.

Demasiadas las palabras que no alcanzan
y quedan en la garganta habitando
por un llanto que no fue dado a luz,
que deja nuestra voz rasgada.

El cielo, las montañas, las guerras que ignoramos,
los intereses que maquinan el engranaje
con tantas garantías
que no podríamos librarnos.

Asomamos la cabeza para salir
de la atmósfera asfixiante,

pero la verdad desnuda,
el aire primordial
son demasiado...

Farabeuf

Recuerda con algo más hondo que la memoria,
hemos avanzando hasta el fondo de la noche,
tuvimos que haber recorrido
todas las tonalidades de nuestra galería barroca.

Habría que darle al misterio las gracias
que no vemos sólo lo blanco y lo negro,
porque ni Ormuz ni Arimán
ni tampoco sólo los matices del gris.

Pero al vivir esto por cierto
tuvimos que habernos arrancado los ojos,
para obligar a mirarnos por dentro,
pues sea lo que sea
que aparezca allá afuera,
el vacío nunca se colma
y yo he puesto mi voluntad entera
en alimentar al mundo que invariablemente
traiciona al que crea en él.

Sólo nos aflige lo perecedero,
que son todas las cosas...
Dejo entonces mi pequeño discurso colgado del viento,
Dejo en tu mirada secreta mis versos
porque la inmensidad nos devora.

Nos vemos del otro lado del espejo,
a ver si somos algo más que memoria.



Pululan mis bacterias en el néctar
del lenguaje;
me regocijo al escuchar cuando rumian mis espejos,
cuando el insano violoncelo
desprende clamor
a mi azucena.
Criatura: tú eres la sublime esponja
que me arranca los susurros.
Estática vocal la del caimán.
Mi lengua bifurcada
en parajes cósmicos.
Metálico temblor de un aleteo
resuena en mi garganta.

Historia

*...fui tuyo hasta la molécula entintada
de los minutos compartidos*

David Huerta

Hubo ese tiempo en que las calles donde crecimos
se convirtieron en cuevas secretas
para alumbrarnos nuestras bocas.
Hubo ese tiempo de asombro en la gente
al vernos con ropas y lentes extranjeros.
Toda la tarde solíamos recorrer las avenidas
al tiempo que en tus glúteos
nacían espigas y volaban pájaros acelerados.
Era una sangre limpia y generosa
cuando tus senos palpitaban en mi pecho
y nuestros cuerpos sucumbían asfixiados
de nuestros propios cuerpos.

Mauricio Caudillo. Poeta y narrador. Estudió la licenciatura en Estudios Literarios en la Universidad Autónoma de Querétaro. Ha aparecido en dos antologías de poesía y narrativa: *Besar de lengua* (IQCA, 2012) y *Antología de narradores y poetas queretanos* (Revarena Ediciones, 2017). Ha publicado los libros de poesía *Instrucciones de Ulises a su perro Argos* (Herring Publisher, 2012) y *Zyrano* (Ediciones El Humo, 2015). Fue becario del programa PECDA en 2014 en la disciplina de Narrativa y actualmente forma parte del equipo editorial de Revarena Ediciones.



En los bares cantábamos canciones
parecidas a lo infinito de tus ojos.
Yo sólo bebía el vodka
surgido en tu garganta
y tú te avalanzabas a mis venas abiertas
para quedarte en la inconciencia.
Hablábamos del futuro
como dos gitanos insolentes,
en tu mente redecorabas habitaciones ficticias
y bautizabas mascotas abandonadas.
En ese tiempo yo dormía en tu sillón
a la espera de que tu sombra descendiera
la escalera
para entonces cobijarme de tu piel.
En mis convalecencias fuiste el vaso de vino,
el tobillo roto que me enseñó a caminar.
Yo era feliz encadenado a tus palabras inconclusas,
contemplaba tus desplantes como pinturas antiguas,
devoraba tu comida como buitre carroñero.
No había forma ni plan posible,
que nuestra vida se inundara de catástrofes,
porque nuestro encuentro debió ser
un acto metafísico de alquimistas medievales.
Creíamos en la magia y en los astros
atando amuletos de nuestros nombres
en el pecho.

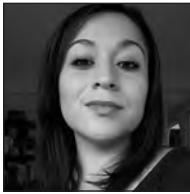
Incluso celebrábamos nuestro primer encuentro
como si fuera el nacimiento de una nación
o el fin de una guerra sangrienta.
El jardín repleto de desconocidos
comiendo de nuestra carne,
escuchando nuestro disco preferido.
Yo sólo te miraba y bebía Lambrusco
mientras tú entretenías a la concurrencia
con nuestra historia cortazariana.
Viajamos para impregnarnos de los pinos
y visualizar rostros quemados y antiguos.
Éramos extranjeros en una tierra
que no nos pertenecía pero nosotros
nos sentíamos dioses conquistando sitios salvajes.
Bebíamos de su néctar para convertirnos
en la lluvia que cubría al pueblo.
Visitamos restaurantes hasta salir
en nubarrones de comida y alcohol.
Yo te leía cuentos que interrumpía
por besar tus muslos dormidos.
Éramos inconfundibles los dos en tu auto
con la música de otros planetas.
Fuimos a conciertos y nos embriagábamos como profesionales,
criticamos series televisivas con argumentos pueriles,
con besos y sudor humano,
y veíamos películas desnudos todo el fin de semana,
con cajas vacías de pizza y cervezas derramadas sobre la mesa.
Hasta que algo, como un fantasma, nos acechaba
y nos apuñaló por la espalda.

Janis Jacobo

Querétaro, 1987

Yo tan SÍNDROME DE ABANDONO
Y tú queriéndote marchar muy lejos.
Me he conocido en terapia
tengo miedo.

Yo
Soy poseedora
De un humor callado,
De unas piernas cortas,
De una tristeza descalabrada en ratos,
Apacible y temerosa;
Miedo tengo de mi propia sombra,
De los sonidos muy cercanos,
De los hombres de humor altivo y lengua larga,
Y aun así existo.



Janis Jacobo. Licenciada en Derecho por la Universidad Autónoma de Querétaro. Ha publicado poesía y narrativa en medios digitales e impresos tales como el *Suplemento Panóptico* del semanario *Tribuna de Querétaro*, *La Rabia del Axolotl*, *Revista El Humo*, *Aeroletras*, *Prosvet*, *El Periódico de las Señoras*. Participó en el Encuentro “Lumbre entre las hojas” (ediciones 2016, 2018), entre otros eventos culturales. Formó parte del Colectivo Poético Lengua Suelta, en el estado de Querétaro, y aparece en la antología *Por qué escribo* (Gris Tormenta, 2017). Cuenta con los poemarios *Venimos de gente mala* (Ediciones El Humo, 2016) y *Manejo responsable de sustancias* (Ediciones El Humo, 2017).

¿A DÓNDE TE VAS, MAMÁ?
 si la tienda está muy lejos
 y las arañas me buscan los chamorros
 cuando me dejas,
 y me da miedo.

Además,
 qué tal que te atropella un carro
 o que te vuelve a nalguear el tipo de la bicicleta
 ¿y si se te caen las cocas?
 O si no te alcanza el dinero para pagarle al wero
 y luego lloras,
 o ríes
 o lloras
 y me quedo sola nuevamente.
 Piensa bien, mamá, qué vas a hacer cuando cruces la banqueta.

TU CUERPO,
línea seductora
avivada
por el sol
que te adorna
con perlas acuosas
y llena tu epidermis
y moja tu melena,
a mediodía
para deleite mío
y de los astros.

El carrusel de los años
me tiene encallado
en la playa,
colmado de miel mis ojos
en mi imaginación temprana,
calculando mi masculinidad
con los pulgares
y delirando en dejarte nunca;
estoy rebosante de anhelo
y de canciones cursis
que el colchón enloquecido
grita conmigo
al pensarte cerca.

No te acuerdas ya
de la otra noche
en que fuere espectador
del milagro de tu seno
resurgiendo en la espesura
del negro absoluto
como un botón
de flor rosácea,
pensado hasta entonces marchito,

olvidado,
perteneciente a otro
que te ha dejado sola.

No comprendo algunas cosas,
entre ellas
el descuido,
de tenerte en una casa
abandonada,
en la indiferencia de la ropa tendida
que robo para oler
y poder pasar las noches
que en los estertores de mi edad
me tienen como poseído
asustando a vecinos y a mi madre.

No entiendo
el silencio paterno
al que ahora perteneces,
y que los hombres
transgreden
porque somos ruines
ansiosos del favor que traen tus piernas
cuando andan en el polvo
de esta ciudad vieja,
ni la rivalidad
que le despiertas a la esposa del dentista,
a la mujer de las verduras,
y a la de la ropa vieja,
si saben que sus maridos
son seres repugnantes
con caras de payasos perversos,
cuyo afán es poseer
el monumento que eres
¿guerra?

Román Miranda, *Desde la raíz*, carbón y acrílico/tela, 130 x 100 cm, 2017





Yo qué sé;
Sólo trae
gente desde lejos
para lidiar
con nuestro propio absurdo
y el deseo de pertenencia
y la estupidez
de la que sólo mi padre se percata
y que mientras tanto
sueltan como perros
sus aviones
para que tapen el sol que te calienta
y los detesto
por ser como aves que en la selva
andan en busca de carroña
y se llevan a los viejos
a los sordos
a los sordos viejos
que tú amas
y por quienes yo siento pena.

No te caigas,
no dejes que el ostracismo
te lleve con las putas,
conserva tu mirada gacha
y envuélvete como las viudas
con el ropón de la angustia,
hasta que me llegue el tiempo
para reclamarte mía
y que dejes de corresponder al pueblo
que te arrastra con las malas
con las perdidas.

Sé que irá en saco roto
todo esto que te digo,

sé que venderás tus cabellos
por azúcar y café,
sé que algunos
conocerán tus hombros
y pies desnudos,
y se aprovecharán de ti,
hasta que un buen día
ondeemos
los brazos en el viento
mientras tú duermes
con diminuta ropa
en tono piel,
y al resguardo del descuido,
se abalancen en tu lecho
para que entiendas
que llevas en el cuerpo
el más grave
de todos los pecados,
que es
ser buena,
bella,
idolatrada,
y que entiendas
que hay normas
establecidas en la arena
y que ninguna brisa
o carro tanque borran,
y que tu falta
no terminará de cobrarse
sino hasta el día
en que un muerto
vuelva a caminar en vida
y sea capaz de regresarte
a casa.

Montserrat Acuña

Querétaro, 1994

LA ABUELA HEREDERA DE
los ojos de un desconocido
al que buscó por mucho tiempo
pensando que quizás eran suyas
las manos marrones y la afición al juego
ese lunar que también se aparece en mi rostro
y en el de mi madre
como una azarosa secuencia
que incluye tristeza congénita
mal gusto por los hombres
pero nunca ojos azules

*POR FAVOR DIME QUE TÚ
sí vas a cumplir mi sueño
de no ser nunca bisabuela
apagó el cigarro
guardó en el cajón el álbum familiar*

NO ES QUE TODAS SEAMOS CULPABLES
pero no sólo la primera
ató su vida al deseo de otro
continuó con el trabajo
se ocupó de los niños

recogió las botellas
abandonó la universidad
aprendió a guardar el secreto
maquillar los golpes
las otras mujeres
sortear con prudencia cada pregunta
una niña ajena con la misma
edad de su nieta
el anexo
el vómito
continuar
como si nada pasara

NO ES QUE TODAS SEAMOS CÓMPLICES
pero me pregunto
qué estaremos ocultando
ahora
tras la cortina de la independencia
o del hábito
la familia y el respeto
qué clase de fortuna nos espera
en la ruleta de las concesiones

Abuela, yo también tengo miedo a no saber separarme

Monserrat Acuña. Licenciada en Estudios Literarios con línea terminal en Escritura Creativa por la Universidad Autónoma de Querétaro. Ha publicado en revistas como *Crítica*, *La Rabia del Axolotl* y *Tierra Adentro*. Su trabajo creativo también ha sido antologado en publicaciones colectivas como *Comuna literaria* (Proyecto Submarino, 2017), *Página 1* (Revarena Ediciones, 2017) y *IV Encuentro “Lumbre entre las hojas”* (Fondo Editorial de Querétaro, 2016). Edita *El Periódico de las Señoras*.



Foto: Amelara Muro

A VECES ME DESCUBRO
 cierta conducta que evidencia
 una naturaleza maligna
 como aquella vez que por accidente
 dejé la ventana abierta en un día de lluvia
 y murieron todas mis plantas
 una masacre
 no limpié las macetas
 dejé sus cadáveres en mi cuarto
 como un animal de carroña
 las miraba
 gozosa
 esperando
 que hubiera algo después de su descomposición.

A MI ABUELA NO LE GUSTA QUE CUENTE

la historia de la vez que la descubrieron robando un cortaúñas del supermercado. Es por esa razón que desconozco los detalles. Pero el secreto me permite inventar mi propio relato. La imagino mirando en cada esquina, nerviosa creyendo que se saldría con la suya en su pequeña travesura. Quizás sus hijos la habían tentado con historias de pequeños robos y ella se vio seducida ante la posibilidad de romper las reglas. Una neurótica jugando con los límites. Tímida. La puedo ver con sus piernitas delgadas tiritando de excitación y miedo, fuera de su estudiado papel de ama de casa. Así es como me gustaría recordarla. Sin preocupaciones por la simetría del mantel. La siguiente escena de mi historia me incomoda. No tanto por lo que sucede sino porque sé que no le gustaría ser pensada de esa manera. En la caja registradora, la chica que atiende llama al gerente y un hombre muy alto llega hasta donde mi abuela. Usted se robó un cortaúñas, le dice. Primero guarda silencio. Le asciende una sensación que se materializa en un nudo en el estómago y repentinas náuseas. Mi abuela rompe en llanto, saca el cortaúñas de su bolso, las manos le tiemblan ahora violentamente, las comisuras de sus labios ya no son juguetonas. El hombre siente que debe darle una lección (no sé por qué pero los señores siempre se ven obligados a dar un gran escarmiento a las mujeres que se equivocan). La hace pagar el insignificante objeto y le dice que no podrá llevárselo a casa porque ésa es la política con los ladrones. A mi abuela le zumba en el oído derecho la palabra que ha usado para nombrarla. No contento con la humillación, le grita que no podrá irse hasta que vaya su esposo por ella, pues tiene que hablarle sobre su conducta delictiva. Ella lo llama, todavía entre llanto. Mi abuelo llega por ella. Casi siempre mi falso recuerdo se detiene ahí. La imagino caminando detrás de él, con los ojos clavados al suelo. Avergonzada. Sintiéndose como una niña.

Tadeus Argüello

Querétaro, 1983

A orillas del pueblo, hay un grupo de árboles niquelados que parecen ser contrarios a la metafísica.

Al centro del pueblo hay una vara de cadmio. Crece a su alrededor una capa blanquecina de gas zyklon. Cables y escombros señalan su aparición como esta garra disecada en la garganta de un soldado austrohúngaro.

Es un pueblo atrapado en la ecuación del cianuro, petrificado en su página en blanco, bajo el sol del trópico.

A diferencia de la ciudad o del *trailerpark*, el pueblo emerge en la córnea sobre su graciosa escama, pinchazo de cefalea en el lóbulo superior derecho.

Hay un daguerrotipo de 1883: el pueblo prescribe su gramática, cartografía violácea en el vértice angustioso del cuello.

Es complicado identificar la diferencia entre la ontología y la pulpa de la resina sin inculcar la esclerosis en sus habitantes.

No hay rastros de hurones, de serpientes evaporadas, de guardabosques pálidos y ligeramente anestesiados, de senderos que inyectan a la fábrica.

Tal vez se trate de la conducta de los viajeros, cuando el color de sus manos retrasa la aparición de las hormigas, dejando al pueblo un sabor acre que se percibe en las comisuras.

Tadeus Argüello. Poeta. Ha colaborado en revistas como *Metrópolis*, *Separata*, *Tierra Adentro*, *Crítica*, *Luvina*. Es autor de *Los días de la noche* (Fondo Editorial de Querétaro, 2013), *Black Arcadia* (Calygramma, 2013) y *Teorema de Medusa* (Editorial Letras de Querétaro, 2015). Ha sido becario de la Escuela de Escritores de Querétaro de la SOCEM (2002-2004), del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes (2002-2003) y del Centro de Estudios Cervantinos “Eulalio Ferrer” (2008-2009).



Foto: Roberto G. Benítez

El polvo que conocieron mis sandalias
no fue suficiente
en la peregrinación angustiosa de tu ira.
Pero mientras siga acostada
y el universo sea tan sólo
ese jardín donde puedo ahorcarme sin tu voz,
quiero incendiar
estas varas de enebro en mi cuerpo
para sentir al fin
los vanos mundos, la belleza impura.

Sólo conozco la gracia
en los jardines donde baila el seconal con su antifaz de brillantina

Mi madre vende tortillas
Esconde en su canasto

Llega
Toca mi hombro
Me dice:
Hay una hilera de glóbulos negros que se te enredan en los ojos
Pronto me haré cargo

¿Quieres mazapanes?

Sólo conozco la gracia
en los tallos negros de la palabra de Dios.



Kikyz1313, *Eye Rustle* (detalle), grafito, acuarela y pastel/papel, 18 × 14 cm, 2016

La habitación de Pascal

I

Detrás de este árbol seco donde suena la piedra
entre los duros huecos del agua,
ahogo mis ojos
en las amargas branquias de este epitafio.

No saldrá otra lechuza,
no saldrá otro ciervo lamiendo
la envenenada corteza del durazno,

no saldrá otra vez aquel zorro
desde las pesadas raíces
sin que se arrastre la negra paciencia del musgo.

Los árboles no me dejan ver el bosque.

Trepan verdinegras frases
al gangrenado cuello del sauce:
son pensamientos condenados de forma fetal
a empujarse ahogados a la página en blanco.

Detrás de este árbol seco que lleva
hasta la colina mi terca armadura,
puedo escribir este epitafio.

No recuerdo cuánto tiempo llevo perdido,
pero estos pájaros
que me condujeron hasta aquí
son esa ciega encrucijada
que me hace estrangular
el oro y la locura del incesto.

En esta colina también
los líquenes aúllan:
¿quién diría, al oírme, que nunca
vi nada, que nada oí sino sus tallos? Resina o arbustos,
alcatraces en fila brillando secamente cuando anochece despacio.

El bosque huye de los ojos.

Se escriben rojos candelabros
en la garganta
desgranando
una serie de trozos perversamente visibles.
Pero nunca hallaré el bosque donde me encuentre.

II

Cuando escribo la frase “los árboles no dejan ver el bosque” aquel nudo de luz se proyecta sobre piedras amontonadas, verdinegro derrame de palabras, derrame de la imagen en el oxidado espejo de la córnea.

El bosque existe.

Largos senderos hasta la noche, zodiaco entre dos lanzas,
Lluvia de flechas en el terco matorral de la oscuridad.

Ocultarse

no es un carácter meramente óseo,
sino una cualidad infecciosa que, al verse
detrás de los músculos, arde latente
en las líneas capilares del pensamiento.

Así vuelvo a escribirme

lentamente sobre la página de este bosque.
Debajo de cada palabra, debajo de cada
árbol enterrado hasta la médula,
ahora sopla una cortina de hojas
que puedo recortar desde el sótano del pecho.

Por finos que los cortes sean,
siempre las vértebras tendrán algún grosor,
alguna profundidad, algún adentro
invisible e intangible que nunca podré atravesar
con la esclerosis púrpura de mis piernas.

Puedo asediar con el cuchillo en la mano
las paredes de cada palabra,

limpiando

cada significado que no puedo lamer:
¿Cómo lograr la superficie que me pide, inmediatez
que configura la leucemia, el molde para el naufragio?
¿Cómo volver este bosque al clima inmediato de los sentidos?

Jaime He

Celaya, 1985

El lado romo

Pasábamos por un mal momento. Mi mujer se deprimía todas las tardes mirando un lunar de humedad en el techo, las deudas entraban deslizándose por debajo de la puerta y yo estaba por cumplir ocho meses de haber sido sepultado, situación que complica las chances de ayudar en algo.

Sin embargo, lo que aquel domingo tenía preocupada a mi mujer no eran las dos rentas atrasadas, sino la promesa de un pastel de zanahoria y cardamomo. Había acordado con Yolanda, nuestra única hija, que ése sería su aporte a la fiesta de Coque, y, para una mujer como la mía, nada era tan cardinal como el compromiso de llevar el postre.

El problema era la salud del refrigerador. La pensión de viudez no bastaba para rellenarlo, y de un tiempo a la fecha no había en él lo mínimo para preparar un buen caldo, ya no digamos un pastel de cumpleaños.

Temprano, Aurora abrió su recetario en la página que mostraba la fotografía de un perfecto cilindro esponjoso. De la lista de ingredientes mi mujer cumplía sólo con el azúcar y tres zanahorias torcidas. Revolvió la alacena buscando harina o algún frasco de Royal, pero sólo halló algunas latas de garbanzo en salmuera. No quedaba de otra; tendríamos que ir al mandado. Y si digo “tendríamos” es porque desde que morí sigo a mi mujer a todos lados. Debe de ser mi condena por no haberle hecho caso. Toda la vida me estuvo friegue y friegue con que dejara de tragar tanta azúcar, y yo la ignoré sistemáticamente hasta que me amputaron la pierna derecha en diciembre. Cojo y arrepentido, lo que más me dolió fue

afrontar que no volvería a hundir los pedales de mi vieja Ranger, que se quedó en la cochera acumulando polvo. La dieta libre de pan glaseado sirvió de poco o de nada. Mi organismo andaba en las últimas, y aún no se terminaba la primavera cuando ya me estaban velando en la funeraria municipal. Creí que me cremarían. Era lógico pensar que habría algún descuento por calcinar a un cojo, pero no fue así. Me metieron en una caja de pino que por obvias razones me quedaba guanga. *¿Qué te costaba desayunar sin cocacola?*, me reprochó Aurora, acercándose a mi oreja fría. Me lo sigo preguntando. *¿Qué me costaba?*

Aurora tomó su monedero del cajón del buró. Después fue a la cocina por el morral de malla y descolgó las llaves de un clavito. Antes de abrir la puerta contó los billetes (uno, dos) y los apretó muy fuerte entre las manos. Miró mi fotografía en el portarretrato, me lanzó un beso con las cinco puntas de los dedos y salimos a la calle.

La seguí por dos cuadras hasta el puesto de periódicos, y de ahí giramos a la derecha rumbo a la parada de autobuses. Si diez veces le quise enseñar a manejar, diez veces acabamos peleados. Por eso, en mi ausencia, no tuvo otra opción que aprender a moverse en camiones, y por lo mismo, el día en que las deudas comenzaron a asfixiarla, aceptó la bicoca que un vecino le ofreció por la Ranger.

Al llegar a la parada, Aurora se acercó al checador que anotaba en una libretita las estadísticas de los microbuses que pasaban zumbando a su lado. Le preguntó



Jaime He. Diseñador industrial por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey y maestro en Creación Literaria por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Ha colaborado en diversas antologías de narrativa y ensayo. Publicó, en coautoría con Fernando Jiménez, el díptico *Duplaquette* (Herring Publishers, 2015), y es autor del libro de relatos *Melancolía de los pupitres* (Fondo Editorial de Querétaro, en prensa). Fue finalista en la primera y segunda edición del Premio Nacional de Cuento Fantástico Amparo Dávila (2015 y 2016), y obtuvo el Premio Ignacio Padilla (2017). Es becario del PECDA en la categoría de novela (2017-2018) y gestiona el espacio cultural “Vendedores Paraíso - Zona de Escrituras”.

cuál iba para el mercado Buenaventura, y el sujeto le enlistó las opciones. Me extrañó que Aurora quisiera ir al Buenaventura, un mercado popular y bien surtido, pero que nunca frecuentábamos porque quedaba en el otro extremo de la ciudad. Esperamos unos minutos a que pasara alguna de las rutas sugeridas. Mi mujer, que había olvidado sus lentes, hacía rendija los ojos en un esfuerzo por leer los números pintarrajeados en los parabrisas con boleador blanco. Cuando la 88 se acercó lo suficiente para descubrir que en realidad era la 68, Aurora le hizo la parada y confirmó el destino. Pagó el pasaje con el billete chico. El chofer le entregó el cambio antes de meter primera y pisar el acelerador como si lo odiara. Mi mujer, que estaba distraída guardándose las monedas, trastabilló, se golpeó la espinilla con el filo de una butaca y fue a chocar contra la espalda de un joven patineto que volteó a verla sin ocultar su desprecio. Aurora se recompuso, echó un vistazo y corroboró que no había ningún asiento libre para descansar las vérices. Si es que había caballeros a bordo, éstos se hacían menos mirando por las ventanas o hacia la pantalla de sus teléfonos. Aun bien aferrada al pasamanos, mi mujer estuvo a punto de caerse a causa del vaivén de los enfrenones, hasta que el camión engulló una docena de personas y ella quedó apelmazada y segura entre la nata de pasajeros.

Una hora más tarde nos bajamos en la esquina de Buenaventura, justo frente a la estatua de un fraile compungido. El viaje, debo decirlo, me tenía entusiasmado. Como resulta bastante aburrido ser un marido etéreo, sometido al sedentarismo de su esposa, me emocioné apenas nos adentramos en los pasillos del mercado

y me hallé rodeado de vendedores exhibiendo su piratería, de señoras en pants escogiendo la verdura, de niños greñudos contemplando los juguetes, de ancianos preguntando cuál hierba era buena para la gota y cuál para el estreñimiento. En el piso había restos de frutas y latas aplastadas, y de fondo se oía el barullo del *reggaeton* y el regateo, la música ambiental de cualquier tianguis.

Un sinfín de triques demandaba mi atención, y con gusto me hubiera quedado ahí a verlo todo, embobado y feliz, de no ser porque Aurora echó a andar hacia el mercado estacionario y me fui tras de ella, como un globo atado a su muñeca. Voluntad; de eso carecemos los muertos.

Mientras que allá por nuestros rumbos, en el mercado Asunción, hasta el de la cremería la saludaba de beso, acá en el Buenaventura nadie conocía a mi mujer, que jugaba de visitante. Tuvo que preguntar dónde encontraba insumos de repostería, y en media hora ya tenía embolsada la harina, el cardamomo, media docena de firmes y rectas zanahorias, media charola de huevo y algo más para llenar el refri. Se aseguró de que no le faltara nada y a lo último revisó el monedero. Sobraba lo justo para el pasaje de regreso.

Abandonamos el mercado y volvimos a los tendetes. Pensé que ya nos íbamos, que se había terminado nuestra brevísima aventura dominical, pero, en lugar de tomar el pasillo principal, Aurora se dio vuelta a la izquierda, hacia las entrañas del tianguis, y comenzó a serpentear por los corredores. No logré adivinar qué era lo que estaba buscando. Mi mujer se paraba sin más frente a un puesto cualquiera, generalmente mosqueados por niños y jóvenes. En este orden, se detuvo en una



Kiky1313, *Llorar a carcajadas*, grafito, acuarela y pastel/papel, 31 × 22 cm, 2015

carpa en donde vendían *jerseys* de fútbol, en una de *blue rays*, en una de carritos a escala, en otra de juguetes a control remoto y en otra más de pistolas de balines que atendía un cretino vestido de camuflaje.

Cuando parecía que lo habíamos visto todo y era momento de la retirada, Aurora notó que al fondo del pasillo había un puesto montado sobre tarimas, con varias pantallas planas y una turba de adolescentes en derredor. Nos acercamos. El local lo regentaba un sujeto gordísimo, inabarcable, enfundado en unos pants Adidas de color rojo. Estaba sentado sobre un banco muy alto, lo que hacía recordar una de esas manzanas con caramelo empaladas en una banderilla. Desde ahí pregonaba, indolente, los precios de su mercancía a todo aquel que preguntara. De inmediato me dio mala espina: no es de fiar ningún obeso con ropa deportiva. Aurora se mantuvo detrás del muro de pubertos, hasta que logró colarse en un hueco que dejaron dos clientes satisfechos. En la mesa se exhibían cámaras, controles y videojuegos, y un

centenar de discos con portadas exóticas. Además, apiladas en una torre, había varias consolas portátiles de múltiples colores. Se les quedó viendo un rato, alternando su mirada entre la torre y el gordo de los Adidas rojos.

En ese momento supe lo que haría.

Me hubiese gustado haber poseído al joven que estaba junto a Aurora para sujetarla de los hombros y zarrandearla levemente, o siquiera para acercarme a su oído y decirle: *vieja, no chingues, no lo hagas*. Pero lo hizo. En cuanto el gordo de los Adidas se distrajo, mi mujer tomó una de las cajas y se la embolsó en el mandado. Fue un movimiento rápido, se lo reconozco. El latigazo de un mañoso en ciernes. Pasaron algunos segundos en los que mi mujer se hizo la zarigüeya para intentar pasar desapercibida. Su pecho era un tambor en batucada, hasta que poco a poco se fue apagando conforme se convencía de que estaba a salvo, de que nadie la había visto. Entonces, justo al querer dar media vuelta y retirarse lentamente, un muchacho le atenazó la muñeca.

—Méndiga vieja —le dijo—. ¡Jefe, nos quieren chingar!

Decenas de cabezas se giraron. Mi mujer comenzó a temblar. Quiso zafarse, pero el muchacho la tenía bien sujeta. El gordo en Adidas se bajó de su banquito y se dejó venir por un costado del local, abriéndose paso entre la gente que le estorbaba. Aurora reaccionó; haciendo un último esfuerzo, dio un tirón con todas sus fuerzas y se soltó. Echó a correr pero no avanzó ni un metro cuando algo la jaló de la blusa y fue a dar de nalgas contra el suelo, aturrida, entre puros zapatos y pantorrillas.

—¿A dónde, pinche ratera? —le gritó el gordo en Adidas, levantándola de los cabellos—. Ya te cargó la verga.

La gente se apartó, escandalizada, formando un círculo alrededor de ellos, como cardumen tras la pedrada. Si no se instaló un silencio absoluto fue porque del puesto de discos provenía una cumbia. Rápidamente, el gordo hurgó en la bolsa del mandado. Sacó la harina y las zanahorias, y por último la caja de la consola, que restregó frente a los ojos de mi mujer.

—Tiro por viaje —dijo el muchacho, muy ufano.

—Agárramela —ordenó el gordo.

Furioso, volvió hasta su silla y removió la mochila que colgaba en el respaldo. El pinche muchacho tenía a mi mujer sometida, haciéndole manita de puerco. Con la que le quedaba libre, ella se sobaba la cabeza y el cuero cabelludo. Apenas logró contener el llanto. Los mirones se limitaron a mover la cabeza reprobatoriamente, para luego alejarse y dar oportunidad a que un nuevo metiche se enterase del borlote.

—Estése quieta —amenazó el muchacho—. Para qué anda de lacra.

Los vivos se consuelan creyendo que los muertos los cuidamos, pero eso no es verdad. Nos limitamos a ver cómo la cagan.

El gordo regresó bufando, con algo entre las manos. Se plantó frente a mi mujer y, como hablándole a Juan para que entendiera Pedro, dijo muy fuerte, casi gritando:

—¡Y esto es cada ocho días! ¡Siempre con las mismas chingaderas!

Lo que llevaba eran unas tijeras cromadas, y por un momento me ericé al pensar que apuñalaría a Aurora, ahí, en pleno tianguis. En ese instante deseé no haberme

comido tantas donas glaseadas, tantos tamales fritos ni tanto champurrado en ayunas, deseé no haber ignorado a mi mujer ni al doctor de la farmacia, deseé no estar muerto y no haber perdido la pierna derecha, sólo para poder agarrar un poco de vuelo, correr y meterle un patadón en los huevos a ese hijo de puta. Pero los muertos no tenemos ese derecho. Nada de arrastrar cadenas. Nada de voltear portarretratos. Nuestra condena es contemplar cruzados de brazos.

En cuanto mi mujer observó las tijeras se deshizo en ruegos. Pidió clemencia, alegando que era su primera vez, que nunca en su vida había robado, y que jamás lo volvería a hacer. El gordo, en plan de verdugo, la miró a los ojos. Le levantó la cola de caballo y dijo:

—Te perdono, hija de la chingada, pero pelona —y dio el tijeretazo.

Parte del público contuvo la respiración.

El muchacho ajustó la llave del brazo para que el dolor la inmovilizara, mientras el gordo tensaba los cabellos de mi mujer y los pasaba por el filo del metal. Los mechones caían por sobre el rostro de Aurora. Agachó la cabeza y vio el pelambre de canas que se acumulaba en el suelo. La muchedumbre, escandalizada, se relamía los bigotes del morbo. Algunos apuntaban con sus teléfonos celulares como si empuñasen crucifijos, ávidos de grabarlo todo y mostrarle a su familia la evidencia de lo que pasó en el mercado. Otros simplemente pasaban de largo, indiferentes o cobardes. Mi mujer se tapó la cara con la mano libre mientras la tusaban. Entonces fue que dijo mi nombre. Lo dijo tres veces. Mi pobre mujer invocó al inútil de su marido muerto, que no hizo más que ver cómo aquel gordo se esforzaba en segar lo más cerca del cuero cabelludo, raspando su cabeza con el lado romo de las tijeras, ese que no corta pero igual lastima.

Dos policías que estaban desayunando barbacoa fueron interrumpidos por alguien que les avisó del ultraje. El primero de ellos llegó anunciándose con un silbato. Su compañero, un tanto más tripón, lo alcanzó jadeando mientras apretaba los botones de su *walkie-talkie*. De inmediato contuvieron al gordo de los Adidas y le

ordenaron que soltara el arma blanca. No opuso resistencia. Después se acercaron a mi mujer y le examinaron la cabeza trasquilada. A los dos los escoltaron hacia la salida en medio de una rechifla generalizada y algunos aplausos.

El sol nos acribilló fuera de los entoldados. En la calle había dos patrullas estacionadas una detrás de la otra. Al gordo lo subieron en la primera y a mi mujer en la siguiente. Una vez dentro, Aurora se tocó la cabeza y revisó sus dedos. No halló ningún rastro de sangre, a pesar del dolor en el cuero tasajeado.

—Ay, doña. Ya no tiene años para estas cosas —le dijo el policía del silbato cuando se trepó en la camioneta, como aludiendo a un rango de edad para empacarse lo ajeno.

Aurora no respondió. Mantuvo la vista en los tapetes de plástico. Luego le ganó un puchero y se quedó frotándose las manos. El policía se bajó de la camioneta y caminó hacia la otra patrulla para encontrarse con su compañero. Era de suponer que los llevarían a la delegación. En su derecho de una llamada, mi mujer marcaría a la casa de Yolanda y la fiesta se cancelaría. Pero pasaron los minutos, y al cabo de un rato el policía volvió, recargó el codo en la puerta, se asomó por la ventana y dijo:

—Seño, esto casi nunca lo hacemos, pero es dominico. El individuo que le pasó tijera declara que si usted no levanta cargos por agresión, él tampoco lo hará por robo. ¿Qué procede?

Mi mujer se sorbió los mocos y se llevó una uña a la boca. Asintió.

De nueva cuenta, el oficial se alejó para hablar con su pareja, y volvió un minuto más tarde para subirse a la patrulla y encender el motor.

—¿Dónde vive? —preguntó el policía.

—Por la plaza Cienfuegos, detrás del polideportivo.

—Uy, ¿y qué andaba haciendo hasta acá? —dijo sonriendo, mirándola por el retrovisor. Esperó la respuesta que no iba a llegar, luego prendió la estéreo y aceleró.

directamente al baño de nuestra habitación. Hasta ese momento no había visto su reflejo en ninguna superficie. Con los ojos cerrados, caminó hasta detenerse frente al espejo. Luego los abrió. Los pocos mechones largos convivían junto a boquetes enormes a ras de cráneo. Se quedó un tiempo así, sin quitarse la mirada de encima, como regañándose, como obligándose a reconocerse sin lograrlo. Entonces buscó en los compartimentos del neceser mi vieja rasuradora eléctrica. Las navajas estaban sucias y cubiertas por una película de óxido reciente, pero debían conservar su filo porque con ellas me emparejé la barba una semana antes de mi muerte. La encendió, y tan pronto el motor comenzó a vibrar, Aurora rompió en llanto. Yo sabía que aquel ruido le molestaba, sobre todo en las mañanas cuando me afeitaba y le interrumpía el sueño.

Se pasó la máquina una y otra vez. Noté que le dolía la piel pero siguió podando hasta que consiguió un césped canoso en toda la coronilla. Al terminar, limpió los trocitos de cabello que habían quedado en el lavabo, y luego, volteando hacia nuestra cama, dijo:

—Sé que estás aquí. Sé que me escuchas —hizo una pausa antes de que se le quebrara la voz. Tragó saliva—. ¿Qué tal me veo?

Guardó silencio, segura de que iba a responderle. Yo me le quedé viendo, desde este lado impedido. Luego arrugó la frente, hizo un gesto raro y se fue a acostar.

Tumbada en la cama, escuchó el teléfono de la cocina. Al otro lado de la línea Yolanda estaría preocupada, preguntándose qué es lo que había pasado, por qué su madre no estaba en la fiesta de cumpleaños de Coque, cantando el dale-dale a la piñata y consiguiendo las diez velas para el pastel de zanahoria. Me hubiera encantado acompañarla, pero Aurora ni siquiera amagó con levantarse para ir a contestar. Simplemente dejó que el teléfono repiqueteara hasta el cansancio.

Por la noche mi hija y mi yerno vendrían a buscarla, llamarían a la puerta y se enterarían de todo. O tal vez lo sabrían antes, luego de que algún testigo subiera el video que la haría famosa. Mientras tanto estaba resuelta a no salir de la cama. Mi mujer sería incapaz de llegar a una fiesta con las manos vacías y la cabeza rapada. ❷

Entramos a la casa cuando el reloj de la cocina marcaba las tres y media. Aurora subió las escaleras y fue

Juan Ramón Ríos

Querétaro, 1996

Mariposa de acero

La carretera se adentraba en las entrañas del desierto como una delgada lengua de concreto. Iba más allá de donde los ojos de Gregorio, debajo de sus gafas de protección, alcanzaban a divisar. Giró la cabeza para encontrarse con la silueta de Doug, que iba a su lado. Caminaban por en medio del pavimento, único rastro de edificación humana venida a desafío contra el paraje cuya desolación alimentaba violentas tolvaneras de tierra escarlata. Ambos, ataviados con jorngos color mate y gruesas bandanas de lino que los cubrían desde el arco de la nariz hasta la boca, resistían el embate del clima. Anochecía. Un resuello causado por el polvo raspando el suelo cruzó el fragmentado trayecto. Voltearon a verse y Gregorio, a pesar de estar frente a un rostro casi totalmente oculto, alcanzó a distinguir un gesto tranquilizador en su compañero: un leve movimiento de cabeza, una calma que se adivinaba en el brillo de los ojos y que los cristales de las gafas no podían ocultar. Faltaba poco.

Gregorio se imaginó a sí mismo surcando ese camino montado en su vieja motocicleta, sería como una flecha plateada que pasa a través de los remolinos. No pudo reprimir una sonrisa. Esa chatarra no volvería a atravesar nada. No sin gasolina. Y hacía años que dejó de producirse una sola gota. Frenó sus pensamientos y antes de que se diera cuenta, a un costado de la carretera, vio que se alzaba la figura de un autobús. La polvareda estaba menguando, la visibilidad era cada vez mejor. Habían llegado.

El otrora transporte, ahora desmantelado, sin vidrios ni llantas, yacía sobre el rojizo polvo, parcialmente devorado. La oxidación había carcomido su estructura. La pintura se había saltado y en varias partes tenía el aspecto de pétalos que brotaban del metal. Encima del camión, un hombre exageradamente obeso, con megáfono en mano, vociferaba frases como si se encontrara en la entrada de un circo, invitando a los transeúntes, o en un mercado de feria, repitiendo ofertas y recompensas.

—¡Sólo por esta noche se pagan cuatro mil ochocientos quince! ¡En ningún otro lugar encontrarán precio más alto!

Gregorio estaba estupefacto. No supo por cuánto tiempo se quedó mirándolo. Escuchándolo. Reaccionó al oír la voz de Doug.

—Es allá atrás. No dudes. No tengas miedo.

Juan Ramón Ríos. Narrador en ciernes, estudiante de medicina y apasionado del cine. Ha publicado en medios como *La Jornada Semanal*, *crash.mx* y *Pez Banana*.



Foto: Guillermo Laguna

Se dispuso a acercarse, se quitó las gafas y descubrió su boca. Siguió viendo con fascinación el autobús convertido en centro de operaciones e improvisado tapanco. La luna echaba sobre él una luz que le otorgaba un aura de solemnidad y el gordo parecía estar parado sobre un elefante muerto. Las transacciones eran rápidas, los compradores habían agilizado las operaciones comerciales. Nada de problemas burocráticos, papeleos o confusiones crediticias. Sólo el viejo y confiable entregas-recibes.

Gregorio rodeó el autobús. Allí, envueltos en sombras, unos compradores esperaban detrás de una mesa de plástico. Se aproximó hasta ponerse frente a frente, sólo separados por el remedo de escritorio. De aquéllos, sólo era distinguible una serie de siluetas indefinidas. Con decisión, uno dio la vuelta al obstáculo para ponerse a escasos centímetros del recién llegado, un halo plateado emanaba de su cuerpo serpenteante. Gregorio desabotonó su camisa y ofreció su torso desnudo. Una mano pálida, cadavérica y tan lechosa como el más puro de los blancos, atacó con frenesí su pecho traspasando la rosada carne sin dejar marcas visibles. Sentía dentro de sí la mano ascendiendo por la columna vertebral hasta su cerebro, sintió un escalofrío, una comezón en la base del cráneo y por un instante creyó que se desvanecería y moriría. Luego todo terminó. Como si decidiera a voluntad su corporeidad, lentamente fue sintiendo que la mano del ente descendía hasta empezar a desprenderse de su tórax, trayéndose entre los níveos dedos un finísimo hilo color carmesí.

Unas gotas de sudor resbalaron por la frente de Gregorio. El comprador, satisfecho, apretaba el tesoro entre sus falanges, como si la vida se le fuera en ello. Sobre la mesa cayó una bolsa raída que produjo un desencajado ruido metálico. Estaba repleta de monedas. Gregorio titubeó. El ser le instó a tomarla con un ademán. Gregorio, notablemente fatigado, la tomó entre los brazos, dispuesto a marcharse. Nunca sabría si lo que vio antes de voltearse fue una especie de sonrisa en esa cara sin forma o un engaño óptico cualquiera.

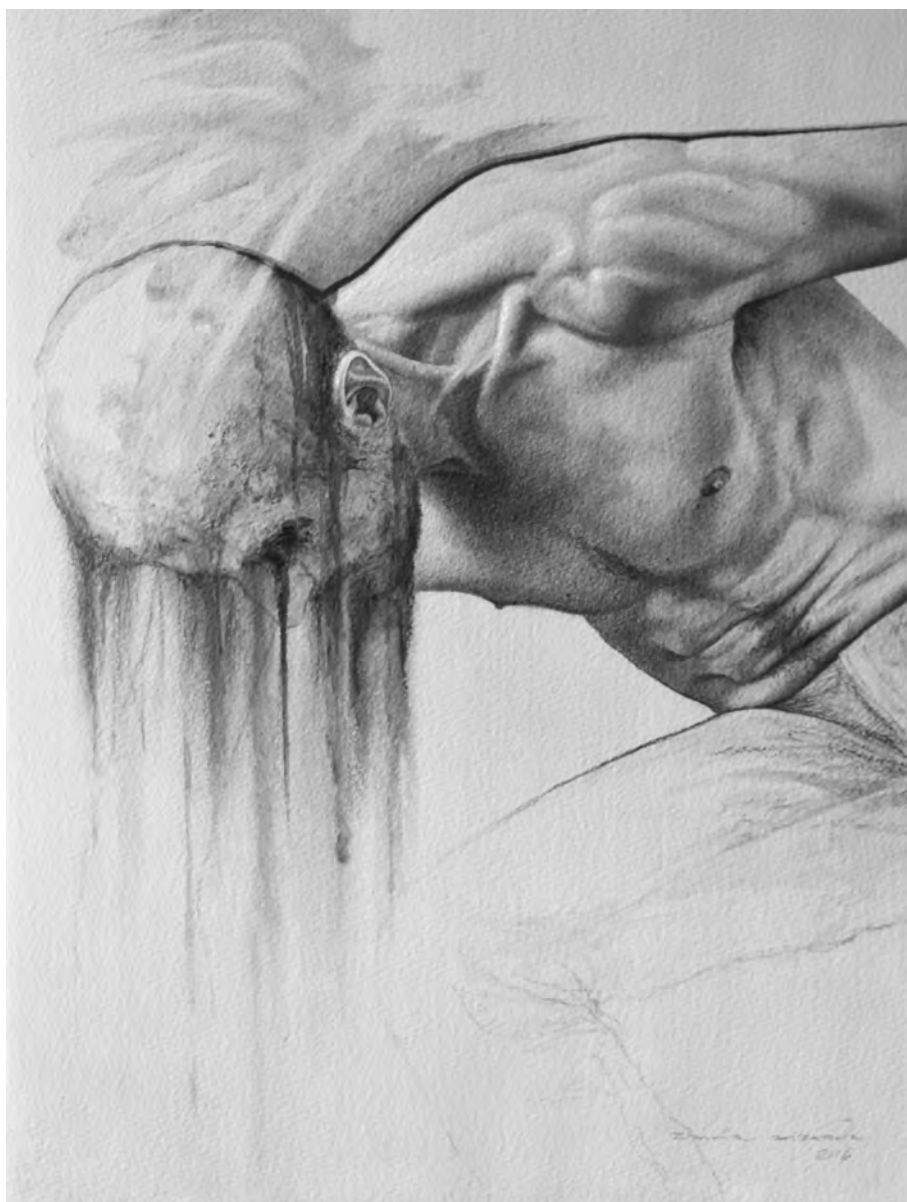
Llegó junto a Doug, que lo recibió con palmadas en la espalda. Empezaron a andar sobre la carretera abandonada. Mientras se alejaban siguieron escuchando por un buen rato al regordete ofertante, los zumbidos y vibraciones del megáfono. Antes de que el sonido desapareciera, Gregorio escuchó que empezaron a cantar y reconoció la canción.

*Oh, won't you come with me
And take my hand
Oh, won't you come with me
And walk this land
Please take my hand*

Resignado y con su pago aún entre las manos, Gregorio siguió caminando junto a su compañero.

A lo lejos, en los llanos que dominaban el desierto, una víbora dejó embarrada su figura sobre el suelo y, al ocultarse la luna, una lluvia fina y ligera empezó a caer, velada y monótona. De las dos figuras sin alma en aquel paisaje nocturno, pronto no quedó más que un esbozo. ❶

Román Miranda, *Vendible III*, grafito, acrílico y conté blanco/papel, 50 x 36 cm, 2016



Fernando Jiménez

Querétaro, 1990

#SanMiguelCarrillo

*Después hubo una gran batalla en el cielo:
Miguel y sus ángeles luchaban contra el
dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles.*

Apocalipsis 12:7

*Mi cielo para sobrevivir...
Mi cielo para poder vivir...*

Benny Ibarra de Llano

Ni la mejor de las catequistas nos pudo haber preparado. Antes de aquella noche, los átomos de mi fe se encontraban dispersos, extraviados en la incierta alameda de mi cosmogonía. La mística fiesta de San Miguel Arcángel. El desastre. Tendríamos que empezar por Conchita, nueve días antes de la celebración. Se dijeron muchas cosas de ella: que era un instrumento del Diablo, que se trataba de un falso ídolo, que Dios nos estaba poniendo a prueba. Mentiras, muchas mentiras. Lo cierto es que estaba conmigo minutos antes de que fuera grabado el video.

#ConchitaSOS fue *trending topic* nacional durante tres días. La CNN transmitió las imágenes, también Aristegui, Jorge Ramos. Todos. La petición en Change.org rompió récords. Un millón quinientas mil personas la firmaron. No sé ni quién le dio la noticia al padre Juanito ni cómo la tomó éste. La respuesta por parte de la Iglesia fue tan pacífica que pasó desapercibida: algún comunicado de la Arquidiócesis, señoras malhumoradas. Una vecina organizó una huelga de rosarios y se puso a recitar misterios a diestra y siniestra. Sus dedos transportaron las

cuentas de barro por dieciocho horas hasta que las ampollas volvieron la tarea imposible. Muchas personas la grabaron mientras rezaba. Ella sólo decía que todo lo estaba haciendo por nuestra salvación. Alguien tenía que haberla escuchado.

Conchita es una pug de dos años, la conocen, la vieron. Me la regaló mi exnovio una semana antes de que termináramos. Ojos grandes, dificultades respiratorias, cola retorcida. La adoro: una perra normal sin consideración alguna sobre el cielo y el infierno. No sé quién la grabó. Nadie sabe. La pirotecnia la enloquece, lo normal, como a todos los perros del mundo. Nuestra delegación, Felipe Carrillo Puerto, cada año, por semana y media aproximadamente, se transforma en una sucursal de Pakistán o de cualquier otra zona de conflicto. Cohetes. Muchos. Muchísimos. Millones de cohetes. A la medianoche, a las cinco de la mañana. Grandes, pequeños. Estruendosos relámpagos que hacen temblar las ventanas y desatan las caóticas alarmas de los carros. El motivo del festejo es San Miguel Arcángel, el patrono de Carrillo. Mi madre tiene un cuadro gigante de él en la sala: el traje militar, la espada, la bestia.

No era la primera fiesta de San Miguel que tenía que sortear Conchita. El año pasado había ocurrido lo mismo. Aulló, como todos los perros. Rasguñó la puerta, como todos los perros. ¿Soy una insensible por no darle tanta importancia? ¿Qué se suponía que debía hacer? A dos días de que había comenzado la novena previa a la fiesta de San Miguel, el video se volvió viral: Conchita contra el portón, aullando a la medianoche como si le hubieran cercenado las cuatro extremidades. Saltos desesperados. El pánico en los cinco metros cuadrados de mi



Fernando Jiménez. Psicólogo clínico egresado de la Universidad Autónoma de Querétaro. Obtuvo el primer Premio Nacional de Cuento Fantástico Amparo Dávila 2015 con “Combatir al pecado” y el Premio Nacional de Literatura Joven Salvador Gallardo Dávalos 2015 con el libro de cuentos *Ensalada Western*. Es beneficiario del programa Jóvenes Creadores FONCA 2017-2018 en la categoría de cuento.

patio. La pirotecnia rompiendo sobre la colonia. Los ojos de mi Conchita jugaron un papel primordial en el clip: en su cuantiosa circunferencia, temblaron húmedos e indefensos frente a las explosiones. Su mirada exudaba una confusión que acrecentaba su papel de víctima. Conchita corrió hacia la puerta y comenzó a azotarse. Lamentos salvajes. Su gordura revolcándose en la ignorancia ineludible de su especie. El dolor borboteando de su garganta. Las campanas de la iglesia en sintonía con los cohetes. Conchita mirando hacia todas partes, tratando de trepar las paredes. El clip, de veintitrés segundos de duración, termina con mi perrita defecando, presa del terror, rebasada por la estridente y violenta realidad. Imágenes duras que penetraron el espíritu de todo nuestro país. Yo estaba viendo una serie en mi cuarto mientras el video era grabado. No me di cuenta de nada. La escuchaba, sí.

“Conchis está en la televisión”, dijo mi papá la mañana siguiente, antes de darle un trago a su café. Mi hermana y yo corrimos a la sala. Mi mamá le había puesto una veladora a San Miguel y leía una revista de *TVy Novelas*: el reportaje de un comediante viejo que había sido demandado por sus hijos. “No es Conchita, puede ser cualquier pug”, dije en un primer momento, antes de identificar el patio en el video. Mi bicicleta, el auto de mi padre. La mesa. Las macetas de Mamá. Conchita estaba en todas partes, en todos los canales. Acaricié a Conchis y salí de mi casa. En la parada del camión había dos pubertos hablando del video, de los aullidos. “Pobrecita”, “No tienen madre”, “¿Greenpeace no ha dicho nada?” Oculté la vergüenza lo mejor que pude. Revisé mi celular y vi que todo el mundo compartía el video de

mi mascota. Hasta me llegó una cadena de WhatsApp pidiendo que oráramos por el alma de Conchita, que se encontraba tan saludable como todas las mañanas. Una prima me escribió para decirme que la pug del video se parecía a Conchita, pero fue la única que se dio cuenta. Para las dos de la tarde, Televisa transmitió una entrevista con el padre Juanito. Defendió los cohetes de la peor manera posible: ebrio y altanero. Llamó insolentes a quienes se habían manifestado en contra de la quema de pirotecnia. Terminó diciendo que el reino de Dios no era para todos y le mandó un saludo a nuestro cardenal Norberto Rivera. La Iglesia se deslindó del padre Juanito pero la mecha se había encendido.

Así comenzó la campaña. Abogados, intelectuales, artistas, activistas, diputados. El *hashtag* #ConchitaSOS. Después de una madrugada intensa de tuits, retuits, comunicados y acaloradas discusiones en las vísperas de la fiesta de San Miguel, se convocó a la “Caminata nocturna en defensa de la dignidad canina”, en punto de las nueve y media de la noche. Vi el cartel con la imagen de Conchita: “Tu tradición me mata, no uses pirotecnia”, tenía escrito en la parte superior con una tipografía que no combinaba con ningún elemento del cuadro. La movilización partiría del Monumento a la Bandera para llegar a la explanada de la parroquia de Carrillo. Un recorrido de unos cuarenta minutos. Yo, sinceramente, no tenía ninguna opinión al respecto: me dan igual los cohetes y todo lo que ocurra alrededor de ellos. Me contactaron por Facebook unas personas de Patitas A.C., concretamente una chica que en su perfil personal se hacía llamar Marimar Animalista. Querían que Conchita encabezara la marcha. Buscaba la manera más educada de decirle



Kikyz1313, *Your child inside* (detalle), grafito, acuarela y pastel/papel, 26 × 26 cm, 2017

que no estaba interesada hasta que me informó que Benny Ibarra había confirmado su participación.

Llegué al punto de reunión y ya habían montado un escenario. Un tipo delgado con lentes de pasta hablaba del Ártico y de los osos polares. Había muchos perros. Muchos pugs, de hecho. No veía a Benny por ninguna parte. Unos artistas de la Facultad de Bellas Artes (tenían una manta que los identificaba) hicieron un *performance*: formaron la cara de Conchita con croquetas al centro del jardín. Fue bastante lindo, debo reconocer. De pronto llegó un hombre con traje de perro y defecó frente a la mirada incrédula de los participantes. Sacó un cerillo y encendió unas cebollitas. Chispas, excremento, croquetas. El altavoz anunció que la marcha estaba a punto de dar inicio. La gente empezó a acomodarse. Había muchas pancartas. Unas mejores que otras, por supuesto. Me gustó una que decía: “No más cohetes, ¡por Dios!” No era brillante pero se trataba de una de las pocas que no tenía faltas de ortografía. Como no llegaba Benny, me acerqué a uno de los organizadores y pregunté por Marimar Animalista. Alguien fue a buscarla. Al ver a Conchita gritó de emoción, se cubrió la cara, abrazó a una de sus compañeras. Si Benny hubiera estado presente, seguramente yo habría actuado de manera similar. Marimar tomó el megáfono y le comunicó a la gente nuestra presencia. Bueno, la mía no, la de Conchita. Aplausos. Gritos. Fotografías. “Chíquiti bum a la bin bon bá, Conchita, Conchita.” Toda la gente trataba de acariciar a mi mascota. Algún medio local me pidió una entrevista. Acepté, pero las organizadoras me pidieron que pasara al frente para comenzar la movilización. Me sentí importante, ¿para qué les digo que no? En fin, salimos a las diez quince de la noche, en medio de la oscuridad. No sé cuántas almas participaron. Los medios informaron que unas mil personas y poco más de un centenar de perros. Recuerdo las correas, los perros alineados en una columna. Celulares transmitiendo en vivo. Una french poodle con vestido rojo. Un bulldog inglés con playera del América (después supe que se llamaba Chicharrón). Alguien llevaba a un chihuahua caracterizado como Jesucristo. Pastores alemanes. Marchamos por la avenida San Andrés ante la mirada atónita de los automovilistas. Al frente caminábamos Conchita y yo con una

decena de animalistas a cada lado. Llevábamos una manta gigante que decía #ConchitaSOS y estaba llena de patitas de colores. Cruzamos la vía del tren. Los cables de luz adornados con papel picado de color azul y blanco. Cruces de palma gigantes en la puerta de algunos domicilios. Vimos el mercado: quieto, abandonado en la oscuridad. Una virgen solitaria con una decena de velas encendidas. La gente gritaba consignas que no rimaban. Por eso no me aprendí ninguna. Marimar Animalista ladraba por el megáfono: eso fue un poco espeluznante. Vi que llevaba un paliacate en el cuello con la silueta de una tortuga. En la playera tenía la imagen de una foca bebé. Yo me había arreglado de más porque pensé que conocería a Benny. Traía falda y hacía frío. Conchita se comportó como una profesional, pese a que muchos perros trataban de olerla y se amontonaban detrás de ella. Siempre fue una perra tranquila. Mi papá había tratado de enseñarle trucos pero apenas aprendió a sentarse. Llegamos a la delegación y nos congregamos en el quiosco, frente a la parroquia. Los vecinos nos miraban confundidos desde sus ventanas. Marimar Animalista lanzó un ladrido más y pidió silencio. Nos alineamos. Marimar me hizo una seña para que pasara al frente. Bueno, para que llevara a Conchita al frente. Los perros se olfateaban con más vehemencia que al inicio de la movilización.

—Cuando yo diga Conchita, ustedes ladran. ¡Conchita!

—¡Guau!

—¡CONCHITA!

—¡GUAUUU!

—¡CONCHITAAAAAA!

—¡GUAUUUUUUUU!

—Buenas noches, compañeros y compañeras, perros y perras, cachorras y cachorritos. Esta fría noche de septiembre nos hemos reunido por un solo motivo. Por un solo motivo —señaló a Conchita. Me acerqué y la alzó como Rafiki a Simba. Vitoreos y ladridos—. Esta hermosa perrita que ha sufrido tanto por el cinismo de los humanos, por el egoísmo de las personas. No somos la única especie en el mundo y al parecer no lo hemos entendido. No nos queda claro. Por ésta y un millar de razones, desde hace tiempo hemos decidido no comer carne ni utilizar ningún producto derivado del maltra-

to —apreté mi bolsa esperando que nadie oliera los tacos que había guardado antes de llegar a la concentración—. Me dedico a rescatar perros de la calle, muchos me conocerán por eso —nadie la conocía—, y debo decir que pocas cosas me han dolido tanto como los aullidos de Conchita. No he dejado de soñar que soy Conchita, que estoy en su cuerpo. No he dejado de sentir su dolor. Ese sufrimiento tan puro, tan único. Tan propio de la naturaleza. Me llena de extrañeza que hoy, precisamente, nuestra lucha sea contra quienes deberían ser un símbolo de esperanza. La pirotecnia les produce taquicardia a nuestras mascotas, falta de aire, aturdimiento, sensación de muerte. DE MUERTE. Las fiestas patronales no necesitan cohetes, no necesitan ruido —aplausos, muchos. Molestia de los vecinos. Algunas ancianas insultaban a los manifestantes—. Jesucristo nos enseñó a amar y no podemos lastimar a nuestras mascotas en su nombre. No podemos. ¿Alguien conoce la historia de Santo Domingo? ¿Alguien? —silencio de la gente. Marimar Animalista revisó su celular y continuó—. Su madre, antes de darlo a luz tuvo una visión: un perro salía de su vientre con una antorcha en el hocico, encendida.

—¿De qué raza? —gritó alguien.

—Eso es racismo. No importa de qué raza. El asunto es que tenía una misión: iluminar el camino de la justicia —noté que la gente se estaba aburriendo. Yo también. Conchita olía una corcholata en el piso—. Los animales hacen eso, iluminan nuestro camino. Es por eso que a nombre del Comité Operativo de Necesidades Caninas Holístico de Ideología y Táctica Animalista (CONCHITA), organismo emergente compuesto por más de siete asociaciones de activistas, solicitamos a nuestras autoridades municipales y estatales, al Gobierno Federal y a la Arquidiócesis de nuestro estado, suspender definitivamente la quema de material pirotécnico durante las fiestas patronales, empezando desde ahora mismo —euforia, jolgorio, gritos, festejo. Algunos vecinos salieron de sus domicilios a encarar a los manifestantes—. No permitiremos que la fiesta de San Miguel Arcángel —el tono incendiario de la oradora comenzó a alarmarme— siga lastimando a nuestras mascotas. Es por eso que hemos decidido acampar afuera de la parroquia desde hoy hasta que termine la fiesta de San Miguel —los vecinos

abuchearon. El párroco de Carrillo, el padre Juanito, se escabulló entre la gente. Había tomado de más y le costaba atravesar la multitud—. Queremos dejar claro que no es de nuestro interés impedir que sea celebrada la fiesta del santo. Únicamente solicitamos que se suspenda el uso de la pirotecnia. Velaremos por nuestra demanda. Conchita es un ejemplo y lucharemos para asegurarnos de que ni ella ni ningún otro perro o perra vuelva a ser lastimada de esa manera. ¡CONCHITA-AAAAAAAAA!

—¡GUAAAAAAAAAU!

La viralización de la noticia, el apoyo de activistas alrededor del mundo, la solidaridad de actores, actrices y músicos jugaron a favor de la demanda. Yo, profundamente herida por la ausencia de Benny en la marcha, había decidido tomar distancia del asunto: le molestaba a mi mamá y tenía mejores cosas que hacer. Si se trataba de pugs, podían conseguirlos en cualquier lugar. Están de moda. Las vecinas fueron a visitarnos la mañana siguiente de la marcha. Llevaban rosarios, biblias, cuadernos católicos para colorear. Querían hablar conmigo. Obviamente les dije que no, pero mi madre me obligó a escucharlas. Me dijeron que además de ser una expresión de festejo y algarabía, los cohetes significaban purificación. Decían que la pirotecnia liberaba al pueblo de los malos augurios y que servía para entrar en contacto con Dios. No les hice mucho caso y únicamente les dije que me mantendría al margen de la manifestación. Claro que eso fue hasta el tuit de Benny.

Mi hermana me comunicó la noticia. Benny había compartido una foto mía desde su cuenta oficial. Bueno, no mía. Salía mi cuerpo. Bueno, mi brazo. La foto era de Conchita durante la movilización. “Conchita es un símbolo de nuestra lucha. Ella representa a todos los perros. Las creencias no justifican el dolor de los seres vivos. Yo también soy católico y sé que Dios siempre estará del lado del amor. || Mi apoyo total a los activistas. Estoy haciendo todo lo posible por acompañarlos. Esta perrita es una valiente y me muero de ganas por conocerla”. Apenas leí el mensaje, decidí hacer una transmisión en vivo desde mi computadora.

Conchita y yo frente a la cámara, llamando a los animalistas del país a apoyar nuestra demanda. Dije que

yo también era católica (además de soltera). Le agradecí a Benny y al resto por el apoyo que le habían brindado a nuestra causa. Le aseguré a la gente que Conchita y yo no descansaríamos hasta que se prohibiera la quema de cohetes en las fiestas patronales.

A la mañana siguiente, a treinta y seis horas del día de San Miguel Arcángel, contra la mayoría de los pronósticos, Gobierno del Estado emitió un comunicado oficial donde se instaba a los fieles a respetar que sus festejos no rebasaran el límite de ochenta decibeles. De lo contrario, se tendrían que tomar medidas que garantizaran la armonía acústica de nuestra comunidad. El documento firmado por el gobernador hablaba del compromiso infinito que su administración tenía con la felicidad de las personas y los perros. Decía que no bastaba con que el perro fuera el mejor amigo del hombre, sino que el hombre debía ser el mejor amigo del perro. Al final del documento había una foto de él y de su esposa rodeados de cachorritos de diferentes razas.

Pese a que la medida fue celebrada a nivel nacional, mi mamá estaba muy molesta. No quería ni ver a Conchita. La televisión hizo lo suyo: especiales, entrevistas. Hasta invitaron al padre Juanito a un programa matutino de concursos. Marimar Animalista me invitó a acampar con ella y el resto de manifestantes. Lo hice más comprometida que nunca. Conseguí una playera de osos polares para mí y otra para Conchita. No hubo más cohetes el resto de la novena. No más. Para ese momento mi mascota era un fenómeno: vendían playeras y gorros con su imagen. Tejían muñecos de Conchita para financiar la acampada. Miles de personas pusieron a Conchita en sus fotos de perfil. Algunos animalistas de la República llegaron a reforzar el movimiento. Gobierno del Estado nos hizo saber a través de un inspector que no había motivos para seguir acampando, que los fieles no podrían utilizar fuegos pirotécnicos sin la autorización de Protección Civil. Marimar Animalista no les hizo caso. Nadie. Así recibimos la fiesta de San Miguel Arcángel. Así comenzó la tragedia.

Llegó el 29 de septiembre, la fiesta. Los vecinos asistían a misa abrumados, molestos por la presencia de los activistas. Una fila de vendedores ambulantes armaba sus puestos. Los juegos mecánicos habían arribado desde

la madrugada y los encargados los acomodaron en el estacionamiento del mercado. Un grupo de personas bajó una centena de cajas de fresas congeladas. Un hombre gordo caminaba de un lugar a otro cargando bloques de hielo. El castillo de pólvora estaba abandonado en la delegación, decomisado junto al resto de la pirotecnia. Un trombón desafinado sobresalía entre el ajetreo: se trataba de la Banda La Rugidora de Carrillo ensayando para su presentación. Fui a comer a mi casa. Conchita se acostó en el mismo sillón de siempre. Revisé el Twitter de Benny. A mi hermana la entrevistaba Monserrat Oliver, en una transmisión especial para Telemundo.

En la noche ocurrió todo. Las campanadas de las diez de la noche trataban de llenar el vacío que habían dejado los fuegos artificiales. Le puse a Conchita un suéter de corazones que alguien amablemente le tejó. Había una centena de animalistas con sus perros. La gente se había congregado en la delegación y en las calles aledañas, ocupadas en su mayoría por vendedores de tacos y hamburguesas. Algunas personas compraban cerveza, otras miraban a los danzantes. Unas dos mil almas habían asistido al festejo. Los borrachos bailaban aunque la música no hubiera comenzado. Vi al padre Juanito sentado frente a la puerta de la parroquia. Estaba bebiendo vino. El sentimiento de derrota se notaba en la mirada de los fieles. Las micheladas clandestinas pasaban de mano en mano mientras que los policías miraban a las alumnas de preparatoria que llegaban a la delegación con el uniforme puesto. Fue en ese momento de absoluta cotidianidad, de la normalidad más aguda, cuando apareció San Miguel Arcángel.

Un rayo se materializó en el cielo: una luz cilíndrica encima del reloj de la delegación. La gente gritó. Los borrachos se tallaban los ojos. Marimar Animalista estaba boquiabierta. La electricidad se fue en varios metros a la redonda. La oscuridad y la luna, atravesadas por la luz desconocida. La negrura. Los perros comenzaron a ladrar. Las danzas y el sonido de la fiesta se interrumpieron. El cilindro luminoso se convirtió en fuego. El padre Juanito se levantó con las mejillas sonrosadas, más borracho que asustado. El fuego formó una silueta alada: San Miguel Arcángel, encima de todos, aleteando con una espada en la mano derecha. La gente gritó y salió

corriendo por todas partes. Marimar Animalista no, su voluntad era inquebrantable. Yo no me moví porque temía que alguien pisara a Conchita. Los empujones se veían peligrosos. Más entre borrachos. Algunos chicos estaban drogados y contemplaban la escena desde la explanada, sentados, como si estuvieran viendo una película. San Miguel brillaba. No sé si era un efecto de la oscuridad pero brillaba como los dioses en la película de Hércules. La de Disney, no he visto otras. Debo decir que su imagen era bastante parecida a su representación: capa roja, espada, coraza, faldita, cabello rubio. Marimar intentaba reagrupar a los activistas diciéndoles que se trataba de una provocación de la Iglesia para desprestigiar su lucha. Lo decía sin creérselo, me daba la sensación de que lo hacía para no dejarse ganar por el miedo. El padre Juanito llevaba tres cuadras corriendo.

—¿Qué hicieron, humanos? ¿Qué hicieron? ¡Respondan! —la voz de San Miguel retumbaba en la explanada de la delegación. Algunos borrachos rezaban de rodillas. Nadie respondía—. ¿Nadie me puede contestar? —Marimar dio un paso al frente.

—Estamos aquí por Conchita, ella —me señaló y San Miguel voló hasta mí. Aterrizó y levantó una polvareda. Usaba sandalias romanas o algo por el estilo. Como en los cuadros, pues.

—¿Tú lo hiciste?

—No, no hablan de mí. Hablan de Conchita, mi perro, pero ella no hizo nada. Este... Es una larga historia, de hecho. No sé si te interesa escucharla... No creo. Digo, si te interesa te la cuento.

—¿Qué pasó con las explosiones?

—¿Los cohetes?

—Las explosiones en el cielo.

—Las prohibimos.

—¿Las qué?

—Gobierno del Estado lo hizo, es otra larga historia —San Miguel lucía desconcertado, su espada se tambaleaba entre el miedo y la desesperanza.

—No puede ser. Si el Diablo se da cuenta estamos perdidos.

—¿De qué hablas? —pregunté. Conchita estaba calmada, quizá era el mamífero más calmado en cien metros a la redonda.

—Las explosiones en el cielo mantienen alejado a Satanás y a su ejército. Se encargan de sellar los portales entre la Tierra y el Infierno. Su único deber como hijos de Dios es provocar explosiones en determinados días. ¡Por Cristo! Les dimos un calendario. Necesitamos las explosiones.

—Protección Civil tiene todos los cohetes ahí en la bodega. ¡Córrele a buscar a la señora Socorro! —le dijo una vendedora a su hijo, que salió corriendo hacia la delegación.

—¡Eres San Miguel! Ya le ganaste al Diablo, nos dijo el padre. ¿No lo puedes hacer de nuevo? —apuntó un borracho.

—No, eso fue una visión. Exagerada e imaginativa, pienso yo. La Biblia es un libro, estimados fieles. Hay muchos malentendidos. No creo que pueda derrotarlo. En otro milenio, quizá. En otro país. Con un ejército. Pero no, nunca lo he hecho. No puedo, no sabría cómo. Es el Diablo. Tenemos que darnos prisa antes de que...

El cielo se llenó de nubes rojas. Una tras otra, apilándose como rechonchas almohadas. Una llovizna rosada nos cubrió de golpe. La luna lucía como una sanguinaria hoz. Relámpagos. Un rumor de avispas. Un zumbido estremecedor. El grupo de danzantes, la mitad vestida de apaches y la mitad de soldados, corrieron a la parroquia pero se encontraron con la puerta cerrada. Los perros volvieron a ladrar. San Miguel tomó una bocanada de aire y tocó su espada. El arma se encendió.

—Escúchenme bien, humanos. Ya es tarde. El ejército de Satanás está por llegar. Tenemos pocos minutos para organizarnos. Ustedes, los de los machetes. ¿Han combatido antes?

—Nunca, San Miguel. Nuestras armas no tienen filo.

—¿Entonces para qué las tienen?

—Las usamos para bailar —apuntó un adolescente lleno de tatuajes, con un penacho de plumas color azul celeste.

—¿Alguien sabe pelear?

—Nosotros peleamos por nuestros derechos —dijo Marimar Animalista al integrarse a la planeación.

—Los policías deben de saber, nomás que los que estaban aquí ya se fueron. ¿Quieren que le llame a una patrulla?



Kiky1313, *Your child inside* (detalle), grafito, acuarela y pastel/papel, 26 × 26 cm, 2017

—No hay tiempo. ¿Las explosiones están listas? ¿Podemos contar con ellas?

—Mamá, me dice doña Socorro que no encuentran las llaves, que las ha de tener el delegado pero que no está. Andan tratando de abrir la puerta pero no se puede. Le metieron más candados porque andaban robando mucho.

—Escúchenme, humanos. Ya es muy tarde. Hoy vamos a pelear todos. No sirve correr. Les explico rápidamente. Pongan atención. El mundo puede acabarse ahora mismo. Dios puede hacer otro pero no se tarda siete días, se tarda más. Vienen por ustedes. Quieren llevarse sus almas, todas las que puedan. Quieren desaparecer a las personas, quedarse con la Tierra. Los diablos no los pueden ver, ni olfatear ni escuchar ni nada. A mí sí, porque soy un arcángel. Seré el primero en pelear con ellos. Tienen que aprovechar esa ventaja. La única manera que tienen de detectarlos es a través de sus pecados. Mientras más hayan pecado, se volverá más evidente su presencia para el ejército de Satanás. Si han respetado los diez mandamientos, que creo que son bastante

claros, no tienen de qué preocuparse. Serán invisibles para las bestias.

La información se recibió como el más negro de los augurios. La tristeza se asentó en la mirada de todos los presentes (los que quedaban en la delegación, muchos seguían alejándose, en especial el padre Juanito que iba a bordo de un taxi con destino a la central de autobuses). Un balde de fuego cayó sobre nuestras conciencias. Pensé en todos los exnovios que lastimé. En el día que le robé dinero a mi hermana. En las veces que le menté a mis padres. Me he tomado la pastilla del día siguiente dos veces. Creo que siempre he deseado a los hombres de mis prójimas. He mentido para conocer a Benny. Pensé en salir corriendo pero sentí que tenía más posibilidades de conservar mi alma cerca del ángel armado que corriendo despavorida por las avenidas de Carrillo. Miré a Conchita: le estaba oliendo el trasero a un chihuahua. Por primera vez me sentí molesta con ella. Todo era su culpa. Mi mamá tenía razón. Si no hubiera sido tan dramática con lo de los cohetes nada de esto hubiera ocurrido. Estaba a punto de perder a mi familia. Mi papá. Mi hermana. Mi mamá. Benny Ibarra.

—¿Por lo menos pueden hacer una fila? —preguntó San Miguel, sumamente desesperado. Sus alas lo hacían lucir como un ave gigante.

La llegada de los diablos fue horrorosa. No podría explicar qué sentí cuando aparecieron en el cielo, como una plaga de langostas. Eran miles. Millones. Un enjambre grotesco. Parecían gárgolas. Tenían colmillos, garras y muchos cuernos. Su pelaje era rojo. La mayoría de las personas corría. Algunas patrullas aparecieron. Vi descender a unos quince policías gordos. Uno estaba comiendo. Conchita y el resto de los perros comenzaron a aullar. Corrí a refugiarme en un cajero de Santander a un lado de la delegación. Los vecinos habían cerrado sus puertas, no dejaban entrar a nadie. Las personas que buscaban refugio golpeaban las ventanas. San Miguel voló con la espada encendida y comenzó a luchar. Le cortaba las extremidades a los diablos, esquivaba las garras. Manejaba su arma con una destreza que envidiarían los mejores coreógrafos de Hollywood. Por unos segundos pensé que podría encargarse del asunto. Luego aparecieron las almas. La primera fue del padre Juanito. No me



Kikyz1313, *Fate's Whim*, grafito, acuarela y pastel/papel, 20 × 20 cm, 2016

consta que haya sido el primero que capturaran, pero sí fue la primera que vi: un diablo cruzó el cielo sujetando una versión luminosa del padre, de color azul. Después vi la del delegado. Luego fueron por las de los policías. Cada uno de los que llegaron y más. De toda la ciudad, seguramente. Los tocaban y sus cuerpos caían al suelo. Llevaban las almas al infierno, cuya entrada, curiosamente, estaba ubicada en algún lugar del cielo. Los danzantes golpeaban a los diablos que trataban de acercárseles. Yo abracé a Conchita. Mi Conchis. Empecé a llorar, me cubrí el rostro. Conchita me lamía los brazos. Me limpié la mezcla de lágrimas y rímel. Levanté la vista y vi cómo entre unos veinte diablos sujetaban a San Miguel con cadenas de fuego. El brillo de su figura parecía desvanecerse. En eso, un sonido extraño atrajo nuestra atención. Benny Ibarra apareció caminando a un lado de Marimar Animalista, quien ladraba con el altavoz pegado a los labios. Su andar era firme, desafiante. Avanzaban. Los diablos transportaban las almas de sus víctimas. Los perros respondieron a los ladridos de la activista. También Conchita. De pronto, mi mascota salió corriendo del cajero. Corrí tras ella, pero un diablo me cortó el paso. Sus colmillos viscosos me horrorizaron. Cuando se acercaba para capturar mi pecaminosa alma, Chicharrón apareció y le mordió la garganta. Lo acaricié y vi la placa de su nombre. El diablo se retorció de dolor. Todos los perros se lanzaron al ataque. Los diablos no podían detectarlos. Entonces vi a Conchis correr hacia la delegación. Llevaba un pedazo de periódico encendido. Una antorcha, como en la visión de la madre de Santo Domingo. Conchis no estaba sola, la acompañaba el chihuahua vestido de Jesucristo y la french poodle con vestido rojo. Chicharrón se les unió. Llevaba las llaves. Benny corrió hasta ellos, tomó las llaves y abrieron la puerta. Acaricié a Conchita, orgulloso de conocerla. Conchis volteó a verme. Sentí la tristeza de sus gigantes ojos. La despedida. La antorcha en su hocico. Entraron a la delegación y yo corrí hacia la calle. Encendieron el castillo y todos los cohetes que había decomisado Protección Civil. La explosión quebró los frágiles muros de la edificación. Los petardos volaban. Luces, fuegos artificiales. El verde en el cielo, las chispas, las explosiones. Los diablos comenzaron a estallar. Las cadenas que

apresaban a San Miguel desaparecieron. Los perros seguían devorando diablos sin que estos pudieran defenderse. Los pescaban de un mordisco cada que volaban cerca del suelo. Los restantes, cerca de la derrota y aturcidos por la pirotecnia, comenzaron a agruparse, uno encima de otro. Se apilaron hasta convertirse en un dragón. Un dragón de siete cabezas y diez cuernos, gigante. San Miguel lo encaró. El fuego de su espada se volvió más intenso. En eso, Chicharrón saltó y le mordió una pata al dragón. Bueno, una parte microscópica de su pata. Una uña, tal vez. El resto de los perros hizo lo mismo, uno a uno, decenas y decenas de perros. Inmovilizaron al dragón. San Miguel preparó su espada y le gritó a la bestia: “¿Quién es como Dios?” El arma del arcángel atravesó el cuerpo del dragón y le produjo una herida blanca y brillante. El fulgor cubrió por completo a la bestia y un estallido aturdió a todos los presentes. Nos reincorporamos. La llovizna había cesado. Las nubes rojas se dispararon y el negro de la media noche volvió a la normalidad. No quedó ningún rastro ni de San Miguel ni de los diablos, ni de Benny. De Conchita tampoco.

Gobierno del Estado emitió un comunicado más donde afirmaba que su administración estaba comprometida con la espiritualidad de sus ciudadanos. Revocó la “retrógrada” medida que había coartado los derechos religiosos de los fieles. La pirotecnia, como una de las expresiones más bellas de nuestra cultura, fue celebrada por el mandatario quien aseguró que velaría hasta el último día de su gobierno para que cada cohete explotara cuando tuviera que explotar. Benny Ibarra, tras el homenaje que le hicieron en Bellas Artes, fue declarado patrimonio intangible del municipio. Monserrat Oliver fue la maestra de ceremonias. Otros animales se hicieron famosos. Un mono araña en Morelia se hizo viral por su habilidad para encender cigarros. En Veracruz registraron a un robalo como candidato independiente para las elecciones. De Conchita no se dijo más. Los vecinos gestionaron una estatua de bronce que fue develada por Marimar Animalista en la explanada de la delegación: San Miguel Arcángel con la espada en alto, acompañada por Conchita, quien lleva una antorcha en el hocico. “Todos los perros van al cielo”, dice una placa con la que nadie quedó convencido. 📍

Paulina del Collado

Ciudad de México, 1990

La virgen del Vogue

Sintió la luz de los reflectores sobre su cara. Escuchó una voz gritar su nombre desde el fondo y advirtió que las siluetas alrededor rompían en elogios y aplausos. Eran para ella. Tanta tensión la hacía sonreír nerviosamente, mostraba los dientes, tal vez demasiado. Su sonrisa incrementaba el contraste con el rojo Deep passion, página 56, del catálogo de invierno de Avon, que esa noche teñía sus labios. Sintió una gota gruesa de sudor rodar sobre su frente y deslizarse serpenteando hacia su nariz. Pensó en el maquillaje, no se le podía correr el maquillaje. Pero ya no había tiempo para titubeos. Dio tres pasos firmes al centro del escenario. Quien la viera no habría dudado en decirlo: era, en efecto, una reina. *Es que, jefa, si hubieras ido. Se rifó, la neta. Se vistió igualito en la presentación que la del video que vimos hace un chingo, ¿te acuerdas? De veras que te la perdiste, jefa. Hasta se puso un vestido viejo, todo esponjado, de esos que salen en las novelas de época. Parecía novia, así, toda de blanco, y traía un pelucón del doble de su cabeza. Y toda la gente le aplaudía así, perrísimo. No manches. Te la perdiste.* Se sintió incómoda, tal vez eran los tacones, probablemente la crinolina. La faja le comprimía el tórax, comenzaba a faltarle el aire. Los nervios, el maquillaje, la faja... De todas formas, ya no importaba, ya estaba ahí. *Y así, jefa, que todos nos quedamos callados cuando salió al escenario. Andábamos nomás esperando a que empezara la música. Yo la neta sí me estaba cagando, porque le hubieras visto la jeta, jefa, estaba toda sacada de pedo. Yo pensé que iba a valer verga. Y en eso...* Empezó la pista. Debía ejecutar el mismo paso cuatro tiempos, dar lentamente dos vueltas hacia la izquierda, después subir y bajar los brazos, intercalados, tres repeticiones. Y si se olvida de abrir el abanico puede irse despidiendo de este trabajo. *Pero no llores, jefa, si hasta la grabamos en el celular del Chiles, pero se me olvidó traerlo y luego ni me lo dejan pasar.* El abanico le recordó al que solía agitar su madre. Tenía que estar mentalizada para abrirlo a tiempo. La luz, ahí venía. Empezó a mover los labios tal como lo había ensayado. Nunca aprendió inglés pero conocía perfectamente la letra. *Strike a pose*, decía en voz baja. Todos coreaban. Se acordó de que, cuando los demás estaban afuera, ella se metía al cuarto de su mamá. ¡Y qué tocador! Tenía de todo; el maquillaje, el talco, las pestañas, los tacones, las medias de red —cómo le gustaban las medias—. *Mira, ¿sabes qué fue lo mejor?, empezó a bailar bien parejito, jefa. Como a la*

Paulina del Collado. Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM. Ha sido becaria de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores (Córdoba, 2014-2015) y del programa Jóvenes Creadores del FONCA (2015-2016). Su novela *El extraño caso de Santi y Ago* le valió, en 2014, el XIX Premio de Novela Infantil El Barco de Vapor de Ediciones SM. Actualmente estudia la especialidad en guionismo en el Centro de Capacitación Cinematográfica.



mitad se le cayó el méndigo abanico, pero la libró en chinga, nomás me di cuenta yo y eso porque estuve en los ensayos. ¡Qué tocador y qué espejo! Cuando examinaba su reflejo, sabía que podía lograrlo todo, que en realidad era bonita, tenía rasgos bruscos, pero quién no. Además, había visto a su madre hacerlo varias veces. Solía sentarse a estudiarla mientras ella enchinaba sus pestañas y tarareaba boleros. La sensación de plenitud que experimentaba al contemplar su piel marfilada una vez que espolvoreaba el talco sobre su cara, el perfecto trazo negro que delineaba los límites de su boca, abultada y roja, la ruta que trazaban los vestidos de su madre que, entallados desde la espalda baja, descendían para revelar la firmeza de sus glúteos, le restaban importancia al escote yermo. Todo valía la pena. Era su noche, vio caer el abanico al suelo pero decidió seguir bailando. De verdad que no tienes que llorar, jefa, si no te vine a contar para que te pusieras así, quiero que te pongas bien, quiero verte contenta. La última vez que entró al cuarto de su madre, su padre dormía la borrachera. ¡Qué tocador y qué vestido! Había logrado verse como la misma reina. Empezó a cantarle a su imagen en el espejo. La coreografía iba bien, pudo reconocer ciertas caras en el público. Su hermano y el Chiles estaban en la primera fila. Y él entró sin tocar. Vio a su hijo transformado. Vestido de prostituta, vestido como su madre. Y comenzó a golpearlo y a llamarlo puto, anormal, animal. La verdad es que sí te extraña mucho, jefa. Pero me dijo que no ha venido porque le falta tiempo. Neta. Ya trabaja en el antro del Centro, el que está en República de Cuba, ¿te acuerdas cuál, jefa? ¡Qué tocador y cuánta sangre! Pero llegó la madre, que la amaba. Y le disparó al padre, que lo golpeaba. Híjole, jefa, ya me anda haciendo señas el poli de que se acabó el tiempo, pero no te apures, que vengo la semana que sigue y ahora sí te enseño el video que tomó el Chiles. Hoy era una reina, era una virgen, como Madonna. Vio caer el abanico al suelo pero decidió seguir bailando. ♪

David Álvarez

Querétaro, 1990

Apología del polvo

El entierro de Susana fue hace poco más de un año. Falleció en las vísperas de Semana Santa, unos días antes del inicio de las vacaciones escolares en que salió con amigos a Río Ayutla, a unas horas de la ciudad de Querétaro, por las inmediaciones de la Sierra Gorda. Nos enteramos de su muerte dos días después, cuando el cuerpo apareció flotando en la comunidad de El Mezquite, aproximadamente a veinte kilómetros de la zona en la que se encontraba.

Las razones no se han esclarecido hasta el momento; las versiones de sus cercanos, quienes estuvieron presentes, variaron, lo que hace suponer cierta participación intencional o accidental en su fallecimiento. Al fin y al cabo no avisaron sobre su ausencia, y la familia se enteró debido a que algunos locatarios encontraron el cuerpo, por lo que dieron parte a las autoridades. Todos hicimos caso omiso ante los huecos de lo relatado y la policía local no hizo más al respecto que avisarles a los padres lo sucedido. Qué más se podía hacer y qué problemas burocráticos tendrían que asumir al tomar postura legal, si con la muerte de Susana bastaba para tirarse al desconsuelo. “Allá de Dios”, decía la abuela, crédula de la justicia divina, su mayor alivio.

Cuando me enteré de su muerte, me encontraba en casa de mi padre; recibí una llamada de la hermana de Susana, quien con la voz entrecortada apenas pudo contarme lo necesario: “Se ahogó”, fue lo que alcancé a distinguir y colgué para quedarme en silencio. Le dije a mi padre que tenía que irme y acudí de prisa a la casa de Susana. Sólo encontré a su hermana, un año menor que ella, quien aguardaba, a petición de la familia, a la espera de cualquier noticia. Me contó lo sucedido y sentí la garganta estrujarse y un dolor en las mandíbulas.

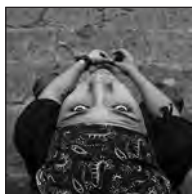
Me encaminé a mi casa, pasé por un par de latas de cerveza y unos cigarros y decidí encerrarme en mi cuarto a esperar cualquier información. Abrí la puerta, corrí a la cama y tomé asiento en la orilla mientras bebía y fumaba hasta estallar en llanto y acurrucarme entre las sábanas en postura fetal con la respiración alterada, como si faltara el aire.



Kiky1313, *Paraíso de la pureza* (detalle), grafito, acuarela y pastel/papel/tabla, 25 x 25 cm, 2015

Conocí a Susana en un restaurante en la zona céntrica de la ciudad. Nos presentó un colega, quien la encontró en el camino y la invitó. Tímidamente nos saludamos a distancia alzando la mano, y entramos juntos al recinto. La charla duró varias horas; en un inicio, ella se mantuvo casi en silencio, observando y haciendo breves comentarios sobre lo que hablábamos; al final me dirigí a ella mientras mi colega estaba concentrado en los mensajes que mantenía con su novia vía celular, por lo que pude hacerle preguntas generales a Susana y viceversa, en un interés compartido. Al salir, intercambiamos números y cuentas de redes sociales para seguir en contacto. No tardé en agregarla, después de despedirnos, y enseguida aceptó mi solicitud. Hablamos al instante mientras iba en el camión y nos mantuvimos en contacto todo el día hasta la madrugada, y así las semanas y meses posteriores. Pasábamos las horas compartiendo música, fragmentos de libros y decenas de pequeños relatos personales.

La segunda vez que la vi fue cuando hablamos del polvo. La invité a mi casa por primera vez y nos sentamos en la sala para beber y charlar. Suelo dejar entreabierta la puerta principal por temor a los espacios cerrados, y en el haz de luz que se colaba por la abertura se distinguía el polvo como si estuviera flotando, partículas sólidas rondando por la casa sólo visibles por el fulgor entrante, lo que llamó su atención.



David Álvarez. Estudió la licenciatura en Sociología en la Universidad Autónoma de Querétaro. Ha publicado *Porca miseria* (La Testadura: una literatura de paso, 2016) y *Vulgría* (Herring Publishers, 2017). Participó en la antología de escritores queretanos nacidos en los noventa *Mis primeros dientes* (Mamá Dolores Cartonera, 2015), *Página 1. Antología de poetas y narradores de Querétaro* (Revarena Ediciones, 2017) y *Por qué escribo* (Gris Tormenta, 2017), así como en distintos medios locales y nacionales. Actualmente es director de la revista *Saltapatrás*.

Esto derivó en preguntas sobre la limpieza de mi casa sin mayor pretensión de su parte que hacer un chascarrillo. Luego le ofrecí una explicación no pedida acerca de lo inútil que es limpiar el polvo porque éste se encuentra por todos lados, intento tan vano como barrer el agua de la calle cuando llueve. Susana, con gesto picarón, citó la frase bíblica proveniente del libro del Génesis, la cual se utiliza el Miércoles de Ceniza y marca el inicio de cuaresma en los calendarios litúrgicos, cuarenta días anteriores al Domingo de Ramos para entrar a Semana Santa; inicio de vacaciones en los calendarios de la SEP. Me sorprendió que citara el versículo, o un fragmento de él, pues aunque no soy practicante fervoroso, los arquetipos religiosos me son alucinantes.

Una de las ideas científicas más poéticas acerca de nuestra constitución como polvo de estrellas se hizo presente en la charla; citando a Aleister Crowley o Carl Sagan pasamos de la exaltación religiosa a la sapiencia científica. En 2010, Chris Impey, astrónomo británico, confirmó que toda la materia orgánica que contiene carbono proviene de estrellas, latentes hace unos 4 mil 500 millones de años, lo que me llevó a relucir mi aprendizaje escolar en la secundaria, cuando el profesor de Química nos habló sobre la materia viva y sus compuestos a través de una fórmula sencilla, que anotó en el pizarrón: CHON PS (Carbono, Hidrógeno, Oxígeno, Nitrógeno y por agregado Fósforo y Azufre), la cual, en efecto, nunca pude olvidar. Al igual que yo en aquellos años, Susana soltó una risilla debido al acrónimo, la relación con una trusa y a que las palabras con *ch* tienen cierta gracia por el sonido jocosos al pronunciarlas.

La cuestión del polvo y sus referencias nos hizo pensar en la muerte; es inevitable. Hablamos sobre la inmortalidad citando a Borges, de quien por extractos aludimos poemas y cuentos en un enfoque que la asimilaba como un lastre antes que una virtud. La idea de la muerte nos hace humanos, nos obliga a conflictuarnos más allá del mero instinto porque hay perspectiva del pasado y el futuro y los instantes, motivo por el que Schopenhauer la propone como sustrato del arte y la filosofía, ya que ¿quién necesita imaginar y pensar sino los mortales? Los dioses no filosofan, ni siquiera los mortales intrépidos, pues se asumen eternos cuando no son más que instantes. Únicamente los humanos, demasiado humanos.

Luego de la monserga, constatamos nuestro miedo y navegamos de un tema a otro, arrastrados por el oleaje de la conversación. La muerte es una experiencia ajena, y admitiendo ese rol contamos nuestros muertos. Su padre murió a causa de un paro

cardíaco provocado por una exaltación en el trabajo, derivada del estrés acumulado en tiempos de paro laboral. Mi madre, víctima de un accidente vehicular, prensada bajo la carrocería de un camión de doble remolque en la carretera federal 57, kilómetro 100. La muerte nos hermana, comentó Susana, y recordamos anécdotas con nuestros difuntos. Susana relató la vez en que descubrió que su padre tenía otra familia, que conoció en el velorio, y por fin entendió el porqué de sus semanas de ausencia y la postergación de muchas actividades de las que siempre terminaba decepcionada porque su padre no tenía tiempo. “¿Y por qué nunca te lo dijo?”, le pregunté curioso. “Por cobarde.” Yo, en cambio, conté algunas situaciones con mi madre sin mayor atención a lo específico. No me gusta hablar del tema, ya que no tuvimos una buena relación. Susana se percató de mi plática insustancial e incómoda, tomó mi antebrazo y me acarició con ligereza utilizando la yema de los dedos.

Al poco tiempo, decidimos trasladarnos a la azotea debido al calor. Subimos las botellas restantes, cigarrillos y una bocina. Acoplamos algunos tabiques sueltos y una tabla de madera desquebrajada sobre una cubeta que sirvió como mesa, nos acomodamos recargando la espalda en una pared a medio construir y que hacía de división entre la sala y el cuarto de atrás. La vista era sugestiva: un cúmulo de azoteas predominantemente grises que, a la vista y desde lo alto, aparentaban componer un solo escenario sin las divisiones entre calles, patios y cocheras, donde sobresalían segundos pisos, tinacos y tendederos con ropa colgando a la intemperie, como si de un terreno arriscado se tratase. Nos resguardamos del clima bajo la sombra de un árbol exuberante, el cual movía sus hojas de un lado a otro produciendo un sonido de olas de mar que siempre lograba relajarme.

Sentados, destapamos otro par de cervezas. Mientras se me dificultaba encontrar una canción en el celular, Susana propuso “Dust in the wind”, la que acepté gustoso. Un clásico de la cultura pop del grupo Kansas; cualquiera daría cuenta del nombre de la melodía con escuchar los dos primeros segundos. Ella y yo celebramos chocando las botellas al unísono. Siguiendo la dinámica coloqué sin chistar “Polvo y nada” de Pancho Barraza, por lo que soltamos una carcajada dado el género musical, que nos remitió al ambiente cantinero y tristón; un amor romántico de pueblo que motivó a Susana a colocar “Polvo enamorado” de José José: “Escucha ésta. Mi madre solía ponerla en Navidad junto a mis tíos”. “Soy aquel que se perdió buscando la razón del alma y las estrellas”, cantamos a la par, mirándonos con ternura por la coincidencia de saber la letra de una canción poco reconocida de El Príncipe, y así cada tonada no era más que la excusa para contar historias en un juego que hicimos propio.

Luego de la algarabía volvió la calma y quedamos suspendidos en el silencio. Un viejo amigo decía que las sonrisas nunca faltaban en ningún lado, en su visión de vida proveniente de libros de autoayuda; lo cierto es que tampoco los silencios faltan, y aunque no todos son negativos, siempre son reflexivos, momentos en los que se cobra sentido del lugar en el que uno está situado. “¿Estás aburrido?”, me cuestionó Susana al prolongarse el mutismo. “No, nada de eso”, respondí, “estoy muy a gusto. Disculpa, es que desearía que este día no termine.” Susana dio un sorbo a la botella, recargó su cabeza en la mía y nos quedamos contemplando el árbol y nada más.

Leí que la descomposición de los cuerpos empieza minutos después de la muerte y recibe el nombre de autólisis, proceso que inicia a detalle desde que el corazón se detiene, lo cual provoca el aumento en la acidez de las células por falta de oxígeno; primero afecta al hígado y el cerebro debido al alto contenido de enzimas y agua, respectivamente, hasta que los tejidos y órganos colapsan. Después de esto, los vasos sanguíneos se rompen y las células, por efecto de la gravedad, se depositan en los capilares, lo que hace que la piel se decolore. Luego, el cadáver desarrolla un ecosistema conformado por bacterias, las cuales se expanden alimentándose de los químicos segregados por las células dañadas, y sucede hasta que restan los huesos, los que se van degradando hasta quedar sólo el recuerdo de nuestra figura y su contorno, transmutado en biomasa microbiana, producto de la descomposición por toxicidad del nitrógeno, fósforo y carbono liberados.

Susana yace en un ataúd envuelto en plástico velado en la casa de sus abuelos, a las orillas de la ciudad. Su cuerpo, después de dos días y debido al agua y al sol, se descompuso rápidamente; el plástico sirvió para evitar que el olor se impregnase y que el sol acelerara el proceso de putrefacción en ese mediodía de domingo primaveral. La velación apenas duró unas horas y rápidamente se realizó el traslado hacia el panteón del barrio de La Cañada, al oriente de la ciudad, en un espacio en el que se encuentran los restos de otros familiares y que había sido apartado para la abuela de Susana, lo que constata que nuestros planes no son más que actos de fe.

Nos reunimos para la procesión de Susana. Una Susana que ya no es, que se transforma en gusanos, que será hierbas y luego polvo. El llanto y los rezos componen lo fúnebre y subimos por la pendiente, al final del terreno, con el sol calándonos los rostros. Sobre la fosa colocan el ataúd y lo bajan mediante un sistema de polea y cuerda torcida, hasta tocar fondo, lo que nos hace estallar en llanto. Alaridos de su madre y un silencio sepulcral de su hermana. Sotierran. La afirmación de la muerte tiene su punto álgido en este acto, en el que el primer montículo de tierra es lanzado, y el segundo, y el tercero, hasta que quedan deshechas las últimas esperanzas, enterradas a nuestros pies.

Al llegar a casa, aún de día, tomo asiento en la sala y enciendo un cigarro. Recuesto la cabeza y dejo caer mi cuerpo sobre el sillón, a lo que siguen algunas lágrimas y un suspiro insondable que desquebraja el silencio. Miro en el celular las fotografías con Susana, que contemplaba de vez en cuando, sobre todo en mis días más desiertos, y hoy no es la excepción; asir los instantes, escenas de objetos y formas compuestas de historias, pequeñas batallas ganadas al olvido en la necedad de preservarnos en imágenes. La puerta entreabierta, con el halo de luminosidad entrante, también nos ayuda a recordar que alguien está ahí, en esas minúsculas figuras deshechas provenientes de la tierra esparcidas por doquier. Hay algo de Susana flotando en este mundo y vuelvo a suspirar. **P**

Antonio Tamez

Ciudad de México, 1984

El espejo de obsidiana

*It makes no difference what men think of war,
said the judge. War endures. Ask men what they think
of stone. War was always here. Before man was,
war waited for him.*

Cormac McCarthy, *Blood Meridian or the
Evening Redness in the West*

Teresa y Miguel eran hermanos y se amaban en secreto. Una noche escaparon al cerro de Tresquila para unir sus cuerpos. Ahí fue donde los sorprendió la luz misteriosa. Ésta comenzó a flotar a lo lejos a muy poca distancia del suelo, se fue alejando con lentitud hasta llegar a un jacal en el claro de una milpa y ahí se apagó por completo. Movidos por la curiosidad y el entusiasmo, los dos hermanos corrieron al jacal y se asomaron por una de las pequeñas ventanas. Lo que sus ojos vieron entonces sobrecogería sus corazones para siempre: al interior del jacal, un alicante robaba la leche de los pechos de una mujer. A su lado dormían un hombre y un niño de brazos. El hocico blancuzco del reptil estaba puesto sobre uno de los pezones de la madre. Al hombre lo arrullaba con la cola y la hacía silbar dentro de su oreja para entumecer su sueño. El resto del cuerpo del animal estaba enredado en el recién nacido y los movimientos anillados de su esqueleto le cortaban la respiración.

Los dos hermanos se miraron horrorizados.

Teresa le pidió a Miguel que matara al animal antes de que éste terminara con la vida del niño.

—¿No ves que no es una víbora? —respondió él—. Es una bruja.

—Lo va a matar, Miguel, te digo que lo va a matar.

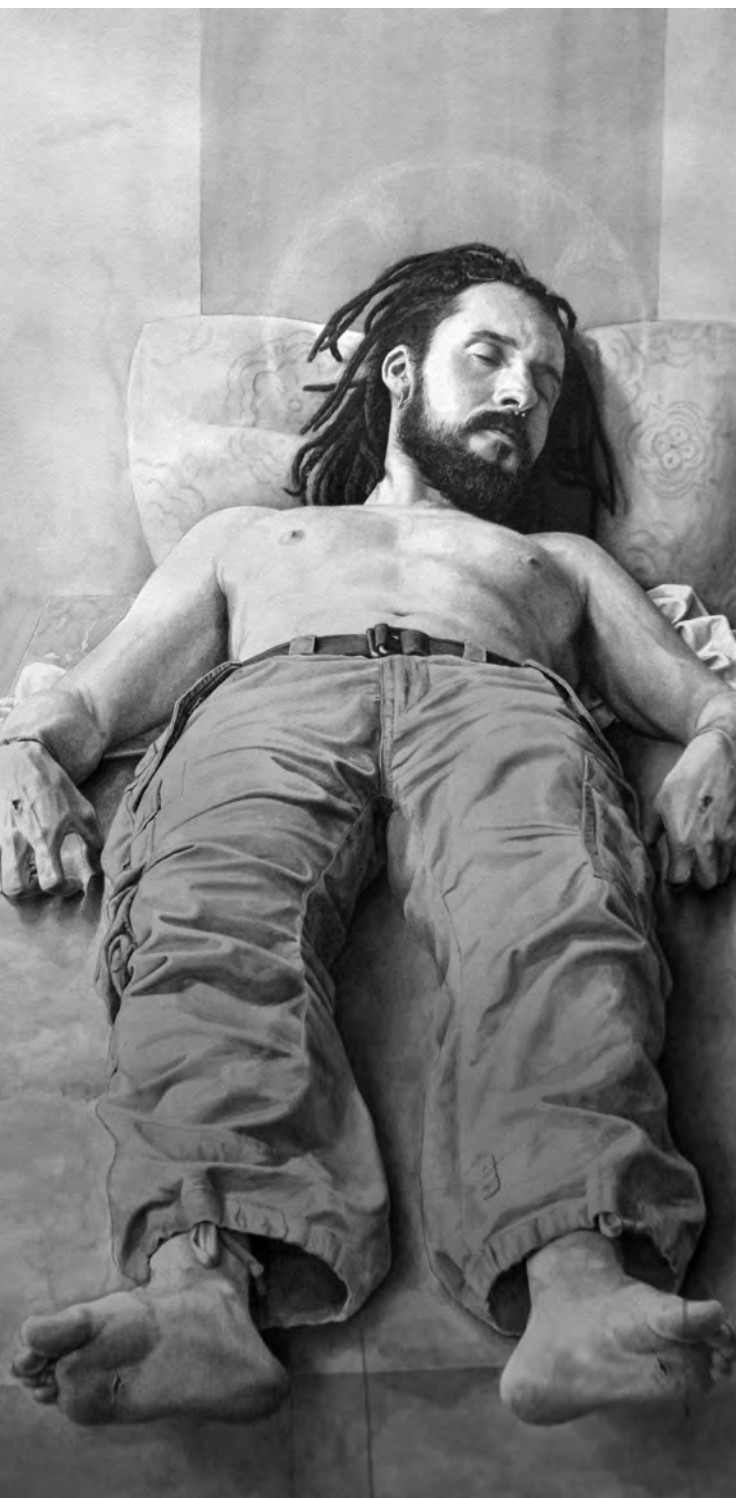
—No pueden despertarse, y aun si nosotros entráramos por fuerza no podríamos hacer nada.

—Dame tu machete, pues —dijo ella—, si tú quieres quedarte aquí es tu problema.

El joven se mordió los labios y resopló indeciso. Se aferró al mango del machete y saltó por la ventana al interior de la casa. El alicante se irguió en lo alto y enseñó las fauces. Miguel comenzó a dar machetazos al aire. El animal esquivó los sablazos de Miguel buscándole los costados. Teresa miraba desde la ventana con un puño de lombrices retorciéndose en su vientre. En eso, la serpiente dejó de perseguir a Miguel y se giró para contemplar a Teresa. La joven miró en los ojos perlados del reptil y éstos chispearon en la oscuridad. Miguel aprovechó el momento en que la serpiente estaba distraída y la cortó de un tajo. El cuerpo del animal cayó seccionado en el piso de tierra y se prendió en llamas.

Teresa estaba paralizada en el marco de la ventana. Miguel la sacudió para que recobrarla la conciencia. Los dos muchachos acudieron a despertar a los padres del recién nacido, quienes tardaron en comprender lo que había pasado. Ya no se pudo hacer nada por la criatura. El alicante se fue consumiendo en el piso de tierra hasta volverse un pellejo negruzco.

Esa noche Teresa soñó que se miraba en un espejo de obsidiana. El espejo tenía un marco de plata y Teresa se aproximaba para ver en él su reflejo. Traía un camión de lana y el cabello suelto. Su rostro estaba salpicado de manchas. Aquello le empezaba a dar muchísima



vergüenza y así le fueron entrando ganas de llorar. Empezó a gemir mientras las lágrimas le corrían sin detenerse. Se llevó las manos a la cara para ocultarse a sí misma y se metió los dedos en el interior de los párpados para sacarse los ojos. A pesar de ello pudo verse vuelta en el espejo con los dedos sumergidos en sangre y los fluidos chorreando a través de las cuencas vacías.

Muy pronto, Teresa quedó preñada con la criatura de Miguel. Los dos abandonaron el pueblo y huyeron a la ciudad. Encontraron trabajo en el Mesón de Carretas, en donde decidieron vivir mientras llegaba el niño. El mesón quedaba en la entrada, a un lado del viejo acueducto. Ahí paraban las diligencias que venían de la capital para seguir al norte. Dormían a un lado de los corrales, en una habitación que compartían con otros empleados. El aire olía a excremento de buey, a leña y a pieles podridas de animales. Teresa fregaba los pisos de la hostería durante las mañanas y ayudaba en la cocina. Miguel se encargaba de los corrales. Entre los dos se llevaban unos cinco pesos diarios.

La criatura llegó antes de lo esperado. Fue una niña. Las dos estuvieron en peligro. Miguel se las peleó a la muerte durante casi un mes. Una partera del barrio de San Francisquito llegaba los viernes con preparaciones medicinales, encendía copal y prendía una veladora. Un día les llevó la imagen de San Jorge Caballero para que la pusieran en la cabecera. Era el santo de los presos, les dijo, de los arrepentidos y los endemoniados. Teresa se murió un sábado por la noche. Empezó a hablar en lenguas hasta desvanecerse en las convulsiones de la fiebre. Sus ojos y su boca quedaron secos y fijos como si se hubiera muerto de espanto. Miguel la enterró a la mañana siguiente detrás del mesón, en la milpa de un indio al que le pagó un real.

La niña se salvó, pero creció flaca y enfermiza y pronto Miguel se dio cuenta de que estaba ciega: sus ojos se fueron enturbiando hasta volverse dos pelotitas de nácar. Miguel se sorprendió varias veces imaginando que la asfixiaba. Jamás lo hizo, se limitó a convencerse de un poco de que también era idiota. A Miguel se le amargó el alma y no volvió a reírse. La niña pasaba la mayor parte de su tiempo en el catre mientras él trabajaba. Después Miguel la sacaba a caminar a los establos durante una

Román Miranda, *Versión del Cristo muerto de Mantegna (detalle)*, grafito y acrílico/papel, 120 x 100 cm, 2011

Antonio Tamez. Licenciado en Historia por la Universidad Autónoma de Querétaro, estudió el Diploma en Creación Literaria en la SOGEM. Actualmente cursa los estudios de la maestría en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Guanajuato. Ha publicado los libros de cuento *Bengala* (Herring Publishers, 2010) y *El templo de los animales disecados* (Montea, 2017). Ha sido becario del PECDA en tres ocasiones.



hora todas las tardes. Aprendió palabras básicas que le permitieron sobrevivir; palabras como “agua”, “baño” o “afuera”, para cuando reclamaba su caminata diaria. Además de esto, la niña pasaba el tiempo trazando líneas en su mente con la penumbra que entraba por la ventana del cuarto y cuyas fluctuaciones de luz era capaz de distinguir en las profundidades.

A los siete años la viruela cayó sobre la ciudad. De nuevo la niña sobrevivió, pero su cara fue devorada por la enfermedad. Por eso Miguel no lo pensó mucho una tarde cuando sacó a pasear a Teresa y apareció el zambo alto y flaco con acento de la costa que le ofreció quince pesos plata por la chiquilla. No era para él, aclaró el zambo, sino para su jefe, un explorador francés que tenía modo de adoptarla. Cuando el zambo lo llevó delante del francés, éste le mostró uno de los carros que componían la diligencia. En su interior viajaba una niña gorda a la que le faltaban los brazos, un albino de labios gruesos y costras en la cara, un retrasado mental que ya estaba grande y hasta tenía canas, y una niña india con los ojos cubiertos por una membrana de lagañas: sus ojitos amarillos se abrieron para mirar a Miguel con una pupila de cuña como de lagarto.

—Ellos son mis hijos —le dijo el francés, y luego le explicó por interlocución del zambo que su nombre era Lucien Arnaud, barón de Châteauneuf y que partía para buscar mineral en las montañas de Chihuahua, o *Xihuhahuá* como pronunciaba gangosamente. Su familia tenía por caridad adoptar a los niños caídos en desgracia que iba viendo por los lugares que pasaba y cuyas familias no podían cuidar de ellos. Después de la exploración en *Xihuhahuá*, aseguró el barón, se embarcarían

a casa y los niños vivirían bien cuidados en una quinta a las afueras de una ciudad diez veces más grande que aquella.

La noche en que su hija se fue con el francés, Miguel se gastó un peso entero en aguardiente. Soñó que su hermana Teresa llegaba hasta los pies de su cama y se sentaba en ella. Lo despertaba el brillo de un intenso resplandor. Miguel conseguía ver a Teresa, quien lo miraba en silencio con los ojos enrojecidos. De pronto empezaba a sentirse un calor abrasador. No era a él a quien miraba Teresa, sino al cuadro de San Jorge Caballero que se había prendido en llamas sobre la cabecera. Miguel se puso de pie frenéticamente y contempló el fuego devorando la imagen hasta que todos los colores se derritieron en el lienzo y se mezclaron en lo que terminó siendo un pellejo negruzco adherido a la piedra.

No tenía nombre esa niña, el peón embrutecido que se la había vendido en la última parada no le había dicho cómo se llamaba. Probablemente no lo tuviera, pensaba el francés mientras orinaba en un recodo del camino antes de internarse en el desierto. Una pequeña iglesia de piedra en medio de un lago sobresalía en la cañada. La gente de ese país, opinaba el barón de Châteauneuf, eran poco menos que salvajes, capaces de llegar al extremo de criar a esos niños en corrales, alimentándolos con las mismas cáscaras y los mismos granos descompuestos que daban a sus animales. Por eso se abotonó la bragueta y caminó al coche de los niños. La vio mirando al vacío, inmóvil y cacariza, con la espesa leche de los

ojos nublándola para siempre. El retrasado mental se acercó y besó la mano del francés con la devoción debida a un padre o un santo. Salvo la niña ciega, el resto de los desgraciados siguieron el ejemplo del retrasado. El francés a cambio les acarició las cabezas. Tomó a la niña de la mano y caminó al coche donde viajaba el sacerdote austriaco de la Compañía de Jesús, quien la bautizó al atardecer con el nombre de Ana, en honor a Santa Ana, que era el nombre de las minas por las que pasaban.

Desde lejos vieron la nube de polvo entre las yucas de aquel páramo interminable. Venían cabalgando hacia ellos blandiendo fusiles, hachas y jabalinas. Tenían el rostro embadurnado en pintura de guerra. Algunos llevaban el cabello enredado en huesos o tenedores, o pedazos afilados de vidrio; y había uno con un yelmo de conquistador español y otro metido en un vestido de novia raído, y otro más con un sombrero de copa adornado por plumas de halcón y flores artificiales. Casi tan pronto como hicieron contacto visual con ellos cayó una lluvia de flechas que se clavó en los bultos y los baúles sobre las carretas y en algunos hombres que viajaban descubiertos. El francés, el zambo y otros más tomaron los Winchester y empezaron a disparar desde los ventanales de los coches. Los asaltantes no tardaron en saltar sobre las carretas para clavar a sus ocupantes con las jabalinas. Inmediatamente después les partían el cráneo con las hachas y los sacaban arrastrando por la puerta. Parecía un procedimiento técnico, pues no gastaron ni un solo tiro. Cuando los cuerpos estaban tendidos sobre la tierra, algunos todavía agitándose, les partían el rostro a culatazos. Al francés y al zambo les escalparon el cuero cabelludo y se los amarraron en un alambre junto al de los demás viajantes. Al jesuita austriaco lo crucificaron en un madero que clavaron a una yuca. A los deformes no les hicieron nada; quedaron asustados y recónditos en la góndola en que viajaban y desde el interior miraron cómo los indios desarmaban la diligencia y se llevaban el ganado, las pieles, las armas y las municiones. Cuando terminaron, le prendieron fuego al jesuita y se le quedaron viendo mientras contaban chistes y se reían entre ellos.

Obnubilada, Ana salió del coche y caminó en línea recta. Los indios se hicieron a un lado para no tocarla y

guardaron silencio mientras la contemplaban acercarse al fuego. De pronto, la yuca en la que estaba clavado el jesuita estalló con un resplandor que iluminó el páramo. Un hombre con un rectángulo negro tatuado en la cara cabalgó hacia ella y la jaló del camión para subírsela al caballo. Se alejó de ahí aullando de modo frenético. Los demás indios alistaron sus caballos y su botín y partieron detrás de él. Quedó la yuca consumiéndose con el jesuita crucificado, lo que mantuvo lejos a los animales aquella noche. A la mañana siguiente, un convoy procedente de la misión de Acoma halló la diligencia saqueada y el esqueleto carbonizado del jesuita. Inofensivos y asustados, los niños sobrevivientes se paseaban entre los muertos.

Para no soñar, Miguel se emborrachaba todas las noches. El dinero que le había dado el francés le duró unas semanas. A los dos meses lo echaron del mesón. Fue a dar cerca de la Alameda en donde se ponían los húngaros cartomantes, las prostitutas y los peones que se alquilaban por día y por hora. Miguel se bebía la mitad de aquello en pulque y cuando le era posible en aguardiente. Así se estuvo varios años hasta que lo levantaron. El coronel brigadier Leonel Márquez pasó por la ciudad para arrasar con ella. La leva duró dos días y medio y se llevó a los presos, a los vagabundos y a todos los varones menores de veintitrés años cuyos padres no pudieran contribuir con el préstamo de emergencia decretado por el constituyente. La guerra con los gringos había estallado y el invasor avanzaba hacia la capital desde dos frentes distintos. El batallón del coronel Márquez se uniría en el norte al Salvador de la Patria para defender el frente. Después de las detenciones y los fusilamientos, a Miguel y a otros muchos les pusieron una golphiza y se los llevaron maniatados en una ceremonia marcial con plañideras y redoble de campanas que precedió el obispo.

Al Salvador de la Patria lo vieron una semana más tarde en el real de San Luis, cojo e hinchado, mientras galopaba de un lado al otro de la formación en un caballo negro con los ojos inyectados de sangre. Miguel no había probado bocado en dos días. Muchos se habían desmayado o fingido desmayo y les habían pateado las

costillas hasta que se pusieran de pie o hasta reventárselas. Fue desatado en la noche cuando la helada empezó a cobrar bajas. Le dieron un plato de frijoles y dos tortillas lamosas y le dijeron que fuera a lavarse a un arroyo que pasaba cerca. Luego le dieron un uniforme con agujeros de bala y lamparones de sangre y le pusieron en las manos un fusil cavado de túneles de polillas. No le dieron parque, pues no había suficiente y de todos modos a los que levantaban, les explicó a gritos el coronel Márquez, les tocaba ir a pura bayoneta calada durante la primera batalla.

La tropa se peleaba el alimento por los ranchos miserables por donde pasaba. Las trifulcas eran constantes y en seguida resueltas a tiros por los sargentos. La soldadesca perdía la vida inútilmente, lo mismo que los aldeanos quienes trataban de impedir que sus hijas fueran violadas. A los desertores los iban colgando de las yucas a lo largo del camino para escarmentar a la tropa. Sistemáticamente, y luego de ser saqueados, los pueblos eran incendiados para que el enemigo no hallara víveres en su avance.

Finalmente se encontraron con el invasor en los alrededores de la hacienda de Buena Vista. Las filas se

incorporaban tan pronto como iban llegando. El aire olía a pólvora y cadáveres en descomposición. Una nube de buitres circulaba el campo de batalla y las moscas se posaban en los labios secos de los combatientes. Fustigado por el trueno de las detonaciones y el silbido de los morteros, Miguel atravesó una densa cortina de humo y entró en la noche. El sol se había ocultado y llovía ceniza del cielo. Los cuerpos yacían en la tierra calcinada con los huesos astillados y los intestinos expuestos; había hombres despavoridos corriendo en todas direcciones que eran derribados, uno tras otro, por el trazo luminoso de las balas. A Miguel le fallaron las piernas y cayó de rodillas al piso. Un obús pasó rozándolo y en seguida se dio cuenta de dos cosas: de que se había cagado encima y de que se había quedado sordo.

Ana fue llevada a la ciudad de arcilla roja, que era diferente a la ciudad de piedra de los mexicanos y a las ciudades de madera de los gringos. Dicha ciudad de arcilla era todavía gobernada por los abuelos; sus momias eran conservadas en salones confortables cubiertos

Román Miranda, *De Holbein y Bravo a Juan Soldado*, grafito/papel, 107 × 200 cm, 2009



de sarapes y esterillas, a ellas se les consultaba sobre todo tipo de asuntos. Los mexicanos, en cambio, le rezaban a Jesucristo, cuya figura de pasta adoraban en una sala de piedra; y los gringos al dinero, con el que todo el rato querían comprar la tierra de los abuelos. Fuera de aquello no quedaba más en el mundo: los hombres habían acabado con el bisonte del que codiciaban especialmente su pelaje, su lengua y su hiel. Los grandes cadáveres se habían inflado y luego podrido bajo el sol. Sus carcasas yacían en ambos lados de la carretera que iba desde Santa Fe hasta las nuevas ciudades que los gringos habían construido en el norte. Debido a esto, los shoshoni, los kikapú, los siux, los pawní y otros muchos pueblos habían empezado a cruzar la frontera para robar el ganado en las estancias mexicanas. El gobierno había optado por contratar grupos de milicianos gringos para combatir a los indios: cada cabellera de varón se pagaba en unos diez dólares, las de mujer y niño en la mitad.

Aquella noche, los muertos determinaron que el cuerpo de Ana debía ser purificado por el fuego, pues en él dormía un dios peligroso al que no estaban dispuestos a servir. El hombre con el rectángulo negro tatuado sobre la cara que había llevado a la niña y cuyo nombre era Lluvia de Pedernales dijo:

—Podemos usar a este dios a nuestra conveniencia para derrotar a los mexicanos y destruir a Jesucristo.

Las momias guardaron silencio.

Contrariado, el joven Lluvia de Pedernales se llevó a la niña. En vez de acatar la determinación de los muertos, cabalgó con ella durante tres días y noches hasta las casas excavadas en los acantilados del norte, las primeras ciudades en ser construidas después de que los hielos cedieron y la humanidad salió de las cuevas. La gente de aquellos edificios había sido exterminada por la peste traída por los españoles cientos de años atrás, sus calaveras todavía sobresalían debajo de las cobijas bordadas. Ya sólo eran habitadas por sombras, por hechiceros que habían elegido vivir fuera del orden humano y por espectros extraviados.

Ana y Lluvia de Pedernales recorrieron la ciudad. Había esqueletos de recién nacidos en posición fetal, vasijas apiladas en la cocina y olotes de maíz petrificados en el comal. Una mujer salió de entre las ruinas, iba des-

nuda y tenía una cabellera negra que le llegaba a las nalgas. Tenía el pubis hinchado y cada uno de sus glúteos medía dos palmos de mano. Sus pechos estaban repletos. Caminó hacia ellos y se arrodilló delante de la niña para amamantarla. En un principio Ana se resistió, pero en seguida le cayó a los labios una gota de leche dulce y sanguinolenta y comenzó a sorber con fruición de aquel pezón morado. Lluvia de Pedernales vio cómo la niña chupaba no solamente la leche, sino la vida y la juventud de aquella mujer cuya piel se iba secando rápidamente y llenando de manchas hasta convertirse en un pellejo negruzco, como el de las momias de la ciudad de arcilla. Ana dejó caer el cuerpo reseco y sin vida de la mujer y clavó sus ojos obnubilados en Lluvia de Pedernales. Éste se vio reflejado en ellos y sintió un puño de lombrices retorciéndose en su vientre. Se alejó de ahí con una mezcla de asco y enojo, subió al caballo y escapó de las casas acantilado tan rápido como pudo.

Cincuenta jinetes cabalaron en dirección a la ciudad de arcilla. La nube de polvo les avisó a los aldeanos que venían. La mayoría eran altos y tenían patillas largas o bigote, algunos tenían barba y venían tirando con pistolas o rifles Winchester desde los caballos. Los lideraba un hombre calvo y corpulento vestido totalmente de negro. Había uno con los dientes cubiertos de oro y otro con sombrero de mapache, y había una mujer rubia con un parche en el ojo y otra con un abrigo de coyote. Unos eran negros y llevaban sombrero tejano y había también cinco de los pawní, reconocibles por sus narices de zopilote y sus colas de armiño atadas a las trenzas, a quienes habían ofrecido perdonarles la vida si se unían a los mercenarios.

Cuando Lluvia de Pedernales volvió a la ciudad de arcilla fue para ver cómo era reducida a las cenizas. Los pawní entraron al salón de las momias y les cortaron la cabellera, pidieron permiso para conservarlas como trofeos. Los pobladores fueron reducidos en grupos y luego los ejecutaron cortándoles el cuello, alguien les escalpaba el cráneo y arrojaba la cabellera en un saco de lona. Los cuerpos eran apilados en las casas. Era casi como trasquilar ovejas o desollar bisontes, un oficio que muchos habían tenido antes. El hombre calvo y corpulento ordenó quemarlo todo y ató a su caballo unos trillizos

con los que se fue divirtiendo y que después ejecutó y escalpó en su camino a Santa Fe. La cuenta de las cabelleras se realizó en el palacio de los gobernadores. Cuando los mercenarios vaciaron los sacos escurrieron puños de lombrices revueltas en mechones de cabello. Todas las lonas venían agusanadas. El hombre calvo y corpulento soltó una carcajada grave que resonó en medio del recinto y empezó a bailar.

Ana consiguió ver en sueños y lo primero que vio fue a su madre al otro lado de un espejo de obsidiana con marco de plata. Avergonzada de la ceguera de su hija, de su rostro con cicatrices, de su cuerpo famélico, Teresa se sacaba los ojos y se los pasaba a través del portal. Con estos nuevos ojos, Ana pudo ver a los alicantes y transformarse en ellos. Hacerlo resultó más sencillo y divertido que jugar con la penumbra en el Mesón de Carretas: sólo había que percibir el destello de un alicante en las profundidades y recorrer su trazo luminoso con la mirada.

Los había macho y hembra, eran serpientes grandes y fuertes que asfixiaban al hombre si se le enredaban al cuello. Tenían la capacidad de subir a la cama del durmiente sin que éste se percatara de nada, metían su lengua en el interior de la oreja y silbaban para prolongar el sueño, trepaban a la cama de las mujeres en lactancia y mamaban de sus pechos. De esta manera Teresa pudo seguir soñando en la ciudad acantilado sin dejar de procurarse los nutrientes que requería. Su cuerpo siguió creciendo hasta envejecer y secarse, y su esqueleto quedó tendido bajo una manta bordada.

Un viento helado soplaba en el altiplano agitando el cuerpo de los ahorcados en las yucas. El camino de regreso al Real de San Luis había quedado salpicado de combatientes caídos durante la retirada y a los heridos se les escuchaba todavía gritando entre los matorrales. Miguel no podía escuchar nada. En ocasiones aquella sordera le hacía perder el equilibrio y los oídos comenzaban a sangrarle; pero en ese momento más le calaba el frío en los huesos. En el camino Miguel encontró la carcasa de un caballo cuya carne había sido devorada por varios grupos de coyotes o personas. La escarcha la man-

tenía en conservación. Miguel se aproximó y metió sus manos temblorosas en las vísceras del animal. Empezó a cortar pedazos congelados de caballo y guardó algunos trozos en un saco. Al mismo tiempo masticó las astillas de un hielo que se le derritió en la boca dando paso a una fibra pastosa del sabor del cuero húmedo. Amanecía, la patria se había perdido y el enemigo avanzaba hacia la capital exhibiendo el triunfo de su moderno armamento. ❶

Román Miranda, *Último refugio* (detalle), grafito, acrílico y conté blanco/lela, 130 x 110 cm, 2016



